

E. SANCHEZ DE FUENTES



HISTORIA CRITICA
DE
ESPAÑA



PROGRAMA

Caja 2.1 - 97.405

23 abril

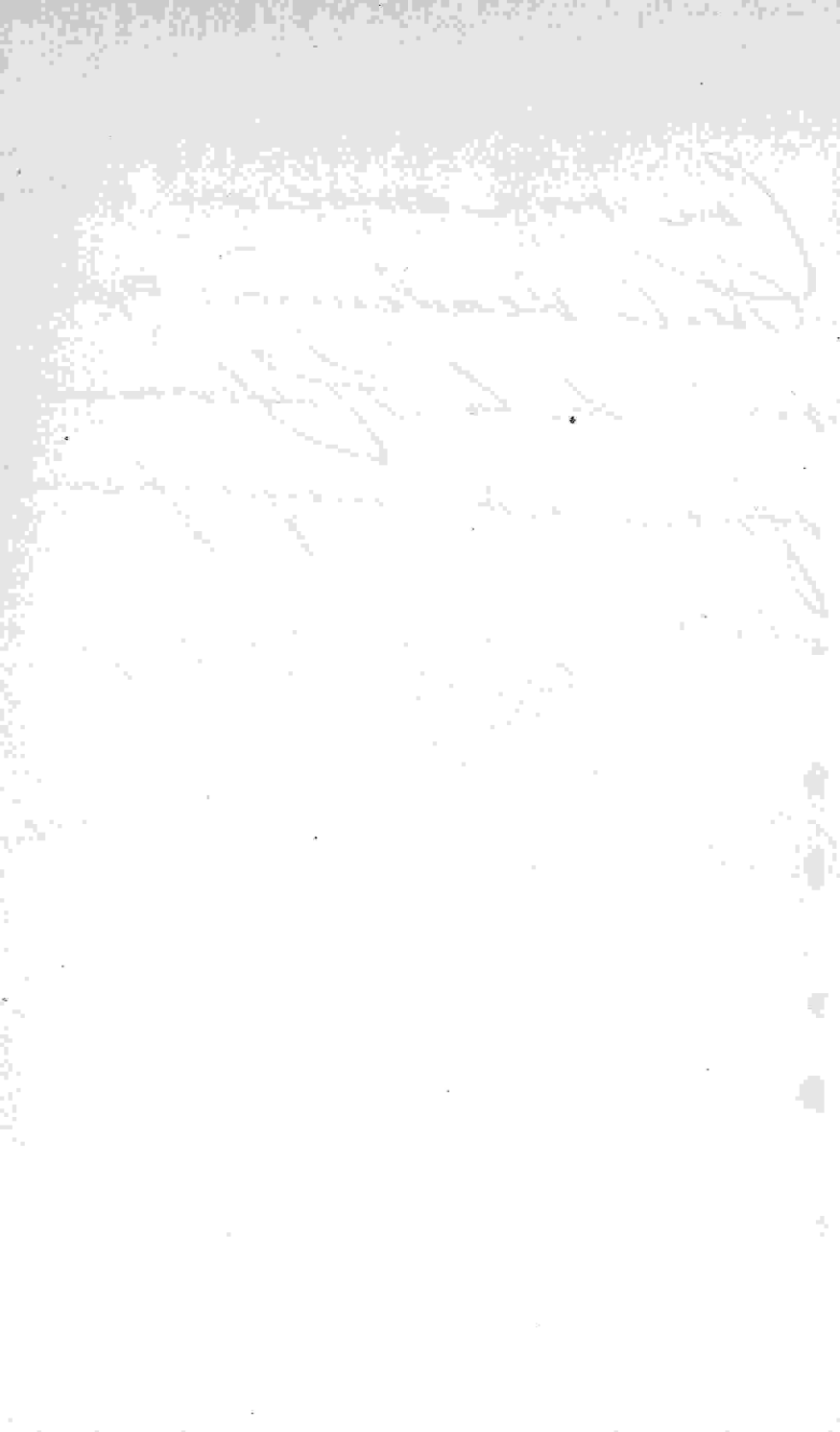
Copie 307-7049

Con viva emoción a la
Real Academia espa-
ñola de la Historia
ofrece esta insignificante
valor

Alfonso Sánchez
1914

Palencia 10 Octubre 1914.





Universidad Literaria de la Habana.

Encomienda

PROGRAMA

DE

Historia Crítica de España

REDACTADO POR EL

Doctor D. E. Sanchez de Fuentes y Pelaez,

Catedrático de dicha asignatura.

Encomienda



HABANA.

LA PROPAGANDA LITERARIA

(Premiada en varias Exposiciones.)

IMPRENTA.—ESTEREOTIPIA.—GALVANOPLASTIA.—PAPELERÍA.—LIBRERÍA.

ZULUETA, 28.

1888.



HISTORIA CRÍTICA DE ESPAÑA.

Lecciones de Introducción.

LECCIÓN 1ª

El derecho de gentes como ciencia.—Derecho de gentes natural y derecho de gentes positivo.—Teoría del derecho de gentes.—El derecho á la guerra.

LECCIÓN 2ª

Relaciones internacionales.—I El aislamiento como ley de la antigüedad.

LECCIÓN 3ª

Relaciones internacionales.—II Patriotismo de los antiguos.

LECCIÓN 4ª

Relaciones internacionales.—III Hospitalidad de los antiguos.

LECCIÓN 5ª

El aislamiento es quebrantado por las guerras, las colonias y el comercio.

LECCIÓN 6ª

Idea del progreso.—La Filosofía y la Religión en la antigüedad.

LECCIÓN 7ª

Ciencias auxiliares. Crítica.—Su importancia.—Razón de su estudio en esta asignatura.—Condiciones del Crítico:—Ciencias con quienes vive en íntima armonía la historia.

LECCIÓN 8ª

Fuentes históricas: Monumentos, tradiciones y narraciones.—Condiciones que han de reunir cada una de estas fuentes de conocimientos con relación á la crítica.

LECCIÓN 9ª

Definición de la historia:—Su clasificación dentro del organismo científico.—Base de la misma:—Sujeto, objeto y forma.—Por el sujeto: (Universal, general, particular, genealógica, biográfica y monográfica).—Por el objeto: (Historia de la Ciencia y del arte).—Por la forma: teniendo en cuenta como se realizan los hechos (historia de la religión, de la moral, del derecho, de la estética).—Por la manera como se exponen (narrativa, pragmática, filosófica y crítica) y por las distintas agrupaciones que de la misma se hacen (crónicas, décadas, anales, efemérides y memorias.)

LECCIÓN 10.

Definición de la Historia Crítica de España.—Su importancia.—Edades en que dividimos su estudio.—Periodo que comprende cada una de ellas.—Método y plan de ésta asignatura.

Edad antigua.

LECCIÓN 11.

Tiempos mitológicos. Noticia de los primeros pobladores de España.—Iberos.—Sus costumbres, carácter y Religión.—Monumentos que nos legaron.—Su división en tribus.

LECCIÓN 12.

Tiempos aborígenes: Invasión del pueblo celta.—¿De dónde procedía?—Su carácter, costumbre, lengua y religión.—Monumentos de esta época que aún existen.—Tribus.—Sentimiento que nos han legado.

LECCIÓN 13.

Tiempos aborígenes: Raza celtibera.—Su formación, desarrollo, costumbre y religión de este nuevo pueblo.—Su división en tribus.—Carácter en general de los Iberos, Celtas y Celtiberos.—Armas ofensivas y defensivas.

LECCIÓN 14.

Inaugúrase el periodo de las invasiones en España. Pueblo fenicio.—Su dominación.—Fundaciones fenicias.—Espíritu comercial que siempre lo distinguió.—Crimen que cometieron.—Su expulsión de España.—Recuerdos de su dominación.—¿Prestaron á la causa de la civilización patria un verdadero servicio?

LECCIÓN 15.

Colonias griegas. Su establecimiento.—Su sistema colonial.—Influencia de su civilización en la civilización española.—Monumento que de ellos conservamos.

LECCIÓN 16.

Cartago. Su constitución interior.—Sistema colonial.—Estado en que se hallaba al comenzar la guerra de España.—Roma.—Su constitución.—Misión que debía realizar.—Consideraciones críticas sobre Roma y Cartago.

LECCIÓN 17.

Los cartagineses en España. Amílcar Barca.—Los españoles protestan de la invasión.—Indortes é Istolacio.—Levantamiento de Bellia.—Asdrúbal.—Fundación de Cartagena.—Pacto entre ella y Roma.—Anibal.—Significación que tiene.—Su carácter.

LECCIÓN 18.

Anibal en España. Sus expediciones.—Sitio y destrucción total de la invicta Sagunto.—Segunda guerra púnica.—Acontecimientos de esta guerra.—Los Cartagineses son expulsados.

LECCIÓN 19.

¿Cómo se condujeron los Cartagineses en España?—¿Qué monumentos nos han dejado?—Roma.—Su conducta.—Causas y consecuencias del cambio de su política.—Periodos de su dominación.—Indivil Mandonio.

LECCIÓN 20.

Pretores Romanos. Los españoles en Roma.—Viriato.—Sus proezas.—Su fin.—Juicio crítico del mismo.—Su pensamiento de unidad.—Hechos que se sucedieron.

LECCIÓN 21.

Numancia. Su heroismo y su trágico fin.—Influencia moral de su defensa.—Sertorio.—Su pensamiento.—División que hizo de la España.—Lucha con Roma.—Su muerte.—Consecuencia de la misma.

LECCIÓN 22.

Nuevos trastornos producidos por los hijos de Pompeyo.—Bata-

Illa de Munda.—El Imperio ¿qué representa?—Augusto.—Guerras Cantábricas.

LECCIÓN 23.

España bajo el Imperio.—Divisiones.—Su organizacion.—Distinta consideración de las ciudades.—Gobierno local de éstas.—Tributos.—Su excepcion.

LECCIÓN 24.

Roma.—La civilizacion en España.—El Cristianismo.—Legislación Romana y Española.—La literatura imprime también su influjo en las letras patrias.—Estudios sobre estos puntos importantes.

LECCIÓN 25.

Principales obras de los Romanos en España.—Agricultura.—Industria.—Comercio.—¿Porqué medios se realiza éste en el exterior?—Caminos.—Otras instituciones en ésta época.

LECCIÓN 26.

El Imperio romano es destruido.—Exposición acerca de sus causas.—Los pueblos del Norte.—Recuerdos de la dominación Romana.

Edad Media.

LECCIÓN 27.

Bosquejo de la Edad Media.—Juicio crítico que nos merece.

LECCIÓN 28.

Nuevas ideas y sentimientos importados por los Bárbaros.—Individualismo.—Su análisis.—Su origen.

LECCIÓN 29.

Elementos de la civilización moderna.—El Cristianismo.—Los pueblos bárbaros y la influencia y cultura de Roma.

LECCIÓN 30.

Instituciones germanas.—La vida en España.—El Feudalismo.—Su análisis.—¿Existió ó no entre nosotros?

LECCIÓN 31.

Llegada de los pueblos septentrionales.—Los godos se estable-

cen.—Consideraciones acerca de su procedencia.—Causas en pró y en contra que presidieron al definitivo asiento de este pueblo en la Península.—Primer período de su Historia.—Los primeros reyes.

LECCIÓN 32.

Reyes que se sucedieron.—Acontecimientos notables de sus reinados.—Detenido estudio de alguno de ellos.

LECCIÓN 33.

Consideraciones críticas sobre el primer periodo de la Monarquía Visigoda.—El arrianismo.—Sus funestas consecuencias.—Comportamiento de los godos arrianos con los españoles católicos.

LECCIÓN 34.

Recaredo.—Su reinado.—Concilio III de Toledo.—Unidad religiosa.—Sus consecuencias.—El clero.—Supremacía del mismo.—Otro acontecimiento de este reinado.—Liuva.—Witerico.—Gundemaro.—Acontecimiento de su reinado.—Concilios de Toledo, celebrados en cada uno de ellos.

LECCIÓN 35.

Consideraciones críticas sobre el segundo periodo de la Monarquía Visigoda.—Leovigildo y Recaredo.—Plantéase una nueva organización política y administrativa.—Sistema tributario.—Ingresos y gastos de la Hacienda visigoda.

LECCIÓN 36.

Reyes correspondientes al tercer periodo.—Decaimiento de la Nación.—Destrucción de la Monarquía.—Causas verdaderas que contribuyeron á este fin.

LECCIÓN 37.

Estudios sobre la Monarquía visigoda.—¿Qué fueron los concilios de Toledo?—Acaso pueden ser considerados como origen de nuestras antiguos Cortes.—Cargos que se les hacen.—Ventajas de los mismos.—Influencias del pueblo godo en la civilización española.—El Fuero Juzgo.—Su análisis.

LECCIÓN 38.

Cultura intelectual de la Monarquía goda.—Hombres notables que florecieron en las letras.—Agricultura.—Industria.—Comercio.—Desarrollo é importancia de cada uno de estos ramos.—Arquitectura de los Visigodos.

LECCIÓN 39.

Costumbres que los Godos tenían en España.—Protesta de la Igle-

sía contra ellos.—Monumentos morales y materiales que nos restan.—¿Fué este pueblo á España perjudicial ó por el contrario conveniente?

LECCIÓN 40.

Los Árabes.—Causas de su invasión.—Su origen.—Su religión.—Faltas políticas que cometieron al venir á España.—Su sistema de conquista.—Sentimientos que importaron.—Sentimientos que los nacionales les opusieron.—¿Hubo tolerancia en los árabes para con los cristianos?

LECCIÓN 41.

Comienza la reconquista española.—Asturias.—Su historia.—León durante esta época.—Pelayo.—Batalla de Covadonga.—Favila.—Alfonso I.—Fruela I, Aurelio.—Silo, Mauregato.—El tributo de las cien doncellas.—Su origen.—¿Existió si ó no?—Razones acerca de su no existencia.—Bermudo I, el Diácono.—Alfonso II.—Ramiro I.—Ordoño I.—Alfonso III.—Sucesos notables de estos reinados.

LECCIÓN 42.

Reyes de Asturias y León.—García I.—Ordoño II.—Fruela II.—Alfonso II.—Ramiro II.—Ordoño III.—Sancho I.—Ramiro III.—Bermudo II.—Hechos notables de estos reinados.—Fin de este primer periodo.—Consideraciones sobre él.

LECCIÓN 43.

Navarra y Aragon en esta época.—Sus reyes.—Consideraciones sobre la prioridad de estas monarquías.—Fuero de Sobrarbe.—Condado de Barcelona.—Historia de sus Condes.—Wilfredo el Velloso (874).—Wilfredo II ó Borrell I. (898).—Su hermano Suniario (912).—Borrell II. —Miron (917).—Ramón Borrell (992).—Ramón Berenguer I (1018).—Ramón Berenguer II (1035).—Los úsatges.—Su exámen.

LECCIÓN 44.

Aragón.—Su historia.—Sus monarcas.—Ramiro I.—Sancho Ramírez I.—Acontecimientos principales.—Idea sobre su constitución y estudio de sus principales instituciones.

LECCIÓN 45.

Castilla.—Su historia y origen.—Sus primeros reyes.—Hechos notables.—Separación de Castilla y León.—Segunda y definitiva unión de estos reinos en el reinado de Fernando III.—Las órdenes militares.—Su institución.—Alcántara.—Calatrava y Santiago.—Fernando III el Santo.—Conquista de Córdoba y Sevilla.—Reformas legislativas y económicas llevadas á cabo por éste rey.

LECCIÓN 46.

Alfonso X, el Sabio.—Sus conocimientos.—Sus obras.—Juicio crí-

tico de su gobierno.—Sancho IV, su hijo.—Fernando IV.—Alonso Pérez de Guzmán, el Bueno.—Consideraciones sobre este periodo.

LECCIÓN 47.

Navarra.—Sus reyes principales.—Apreciaciones sobre este reino.—Portugal.—Ligera idea de su origen y conveniencia.—Su historia.

LECCIÓN 48.

Aragón, su historia, hasta Alfonso el Liberal.—Reyes de esta época.—Unión de este reino á Cataluña.—Jaime I.—Valencia y las Islas Baleares son conquistadas.—Pedro III.—Visperas Sicilianas.—Privilegio general. Su análisis.

LECCIÓN 49.

Aragón.—Alfonso III.—Privilegio de la Unión.—Paz de Tarragona.—Jaime II.—Paz de Aragón.—Expediciones de aragoneses y catalanes á Oriente.—Venganza Catalana.—Sucesos del interior.—Consideraciones sobre este periodo.

LECCIÓN 50.

Castilla.—Reyes que á esta época corresponden.—Alfonso XI.—Batalla del Salado.—Ordenamiento de Alcalá.—Pedro I.—Sus hechos.—¿Como le llamaremos, cruel ó justiciero.?

LECCIÓN 51.

Castilla.—Enrique II.—Juan I.—Enrique III.—Juan II y Enrique IV.—Consideraciones sobre ellos.

LECCIÓN 52.

Aragón.—Reyes de esta época.—Vencimiento de la unión.—Compromiso de Caspe.—Otros acontecimientos.—Consideraciones.

LECCIÓN 53.

Navarra.—Reyes de ésta época.—Acontecimientos importantes.—Portugal.—Su historia.—Sus monarcas.—Sucesos importantes.—Consideraciones sobre ambos reinos.

LECCIÓN 54.

División del Califato de Córdoba.—Su caída.—Sus causas principales.—Su civilización.—Organización administrativa y sistema tributario.—Literatura, ciencias, artes.—Arquitectura.—Agricultura, industria y comercio.—Recuerdos que nos quedan de su dominación.

LECCIÓN 55.

La raza judaica en España.—Su historia.—Sus vicisitudes.—Su expulsión.—Su civilización.—Número de los expulsados.—¿Fue conveniente á los intereses materiales y económicos de España la salida de

éste pueblo?—¿Les cabe á los Reyes Católicos algún cargo sobre éste hecho.—Los mudéjares.—Ligera reseña de su civilización.

LECCIÓN 56.

Consideraciones sobre los estados cristianos.—Sistemas tributarios y organización de los mismos.—Su civilización.—Origen de la lengua Castellana.—Literatura.—Ciencias.—Artes.—Arquitectura.—Orden Ojival.—Pintura.—Escultura.—Música.

LECCIÓN 57.

Conclusión del estudio de los reinos cristianos.—Agricultura.—Industria.—Comercio.—Exámen de cada uno de estos ramos.—¿Fué conveniente á España la lucha de la Reconquista?—Resumen de esta edad.

Edad Moderna.

LECCIÓN 58.

Los Reyes Católicos.—Su elevación al trono.—Reformas que llevaron á efecto.—La Santa Hermandad.—Su origen y carácter.—La Inquisición.—Su origen y juicio crítico.—Conquista de Granada.—¿Qué se propusieron los Reyes Católicos y cuales fueron sus pensamientos?—Guerra de Nápoles.—Gonzalo de Córdoba.

LECCIÓN 59.

Cristóbal Colón.—Su patria.—Su historia.—¿Fué aprobado su proyecto en Salamanca?—Descubrimiento de la América.—Intervención de la reina Isabel.—Ideas que vino á realizar el descubrimiento de América.—¿Fué favorable ó adversa á la población de España éste suceso?—¿Y á los intereses materiales de la Nación?—Gobierno de España en América.—Otras disposiciones adoptadas por los Reyes Católicos.—Revolución de los moriscos.—Su derrota.

LECCIÓN 60.

Muerte de D^a Isabel I.—Suerte de sus hijos.—Primera regencia del Rey Fernando.—El Archiduque de Austria.—D^a Juana la Loca.—Segundo Gobierno del Príncipe Aragonés en Castilla.—Conquista de Navarra.—Toma de Orán.—Regencia del Cardenal Cisneros.

LECCIÓN 61.

Los Austrias.—Carlos I de España y V de Alemania.—Su venida.—Su paso de Aragón á Cataluña.—Córtes célebres de Santiago y la Co-

ruña.—Las comunidades.—Villalar.—Padilla, Bravo y Maldonado.—Trágico fin de los mismos.—Las germanías en Valencia.—Consecuencias de la destrucción de los comuneros y agermanados.

LECCIÓN 62.

Continúa el reinado de Carlos I.—Guerras con Francisco I de Francia.—Prisión de éste en Pavía.—Liga elementina.—Saqueo de Roma.—Segunda coalición.—Paz de las damas.—Nuevas guerras.—Paz de Crespí.—Enrique II. de Francia.

LECCIÓN 63.

Continúa el reinado de Carlos I.—Sus hechos con los estados berberiscos.—Su expedición á Argel.—Rebelión de Gante.—Heregía de Lutero.—Su historia y consecuencias.—Guerras que produjo la Reforma.

LECCIÓN 64.

Continúa el reinado de Carlos I.—Conquistas en el Nuevo Mundo.—Hernán Cortés.—Francisco Pizarro.—Asuntos del interior.—Consideraciones.

LECCIÓN 65.

Reinado de Felipe II.—Guerra con Francia.—Paz de Chateau Cambresis.—Nuevas luchas por el deseo de unir á su corona la diadema francesa.—Paz de Wervins.

LECCIÓN 66.

Continúa el reinado de Felipe II.—Guerras con Inglaterra.—Sus causas.—Sus vicisitudes.—La armada invencible.

LECCIÓN 67.

Continúa el reinado de Felipe II.—Conquista de Portugal.—Sus resultados.—¿Fué conveniente á España la unión de Portugal y sus colonias?—Luchas con los estados musulmanes.—Lepanto.—Cervantes.—Estados escandinavos.—Concilio de Trento.

LECCIÓN 68.

Continúa el reinado de Felipe II.—Su política en el interior del estado.—Rebelión de los Países Bajos.—Idem de los moriscos.

LECCIÓN 69.

Continúa el reinado de Felipe II.—Proceso de Antonio Pérez secretario del monarca.—Muerte de Lanuza y ruina de las libertades aragonesas.—¿Qué fueron las cortes castellanas en este tiempo?—Suerde de Navarra, Sisilia, Nápoles, Cataluña y Provincias Vascongadas.

LECCIÓN 70.

Prosigue el reinado de Felipe II.—Legislación.—¿Porqué fueron

destruidas las instituciones populares en España? ¿Tiene de ello la culpa el rey Felipe?—Inquisición establecida por éste.—Su hijo Don Carlos.—Su misteriosa desaparición.—Reformas.—Consideraciones sobre este reinado.

LECCIÓN 71.

Felipe III.—Expulsión de los moriscos.—Sus causas.—Sus medios de realizarse.—Sus consecuencias favorables ó adversas á los intereses de España.—Asuntos de Vizcaya y Nápoles.—Sucesos de América y Asia.—Muerte del Rey.—Consideraciones.

LECCIÓN 72.

Felipe IV.—El Conde Duque de Olivares.—Guerra de Valtelina.—Guerra de Holanda.—Iden entre Francia y España.—Richelieu.—Sublevación de Cataluña.—Levantamiento y separación de Portugal.—Paz de Lisboa.—Caída del Conde Duque.—Sucédele D. Luis de Haro,

LECCIÓN 73.

Continúa el Reinado de Felipe IV.—Continuación de las guerras entre Francia y España.—Revolución de Sicilia.—Insurrección de Nápoles.—Siguen las luchas entre Felipe IV y Luis XIV.—Únese á este la Inglaterra.—Sumisión de Cataluña.—Pérdida de la Jamaica.—Paz de los Pirineos.—Sus desastrosas condiciones.—Situación desesperada de las provincias de España.—Consideraciones generales sobre este reinado.

LECCIÓN 74.

Reinado de Carlos II.—Gobierno de su madre como regente del reino durante su minoría.—Guerra con Francia.—Paz de Aquisgran.—Nuevas luchas.—Paz de Nimega.—Repítase la contienda.—Paz de Reswick.

LECCIÓN 75.

Concluye el reinado de Carlos II.—Sucesos del Interior.—El Padre Nithard.—Don Juan de Valenzuela.—Don Juan de Austria.—Decaimiento nacional.—Tratados de la repartición del Haya y Londres.—Intrigas palaciegas.—Muerte de Carlos II.—Felipe de Anjou, viene á ocupar el trono.—Consideraciones.

LECCIÓN 76.

Estudios sobre la casa de Austria.—Causas políticas de la decadencia de España durante el siglo XVII.—Pensamiento de Monarquía Universal.—Destrucción de los buenos principios que encerraban los fueros provinciales.—Falta de unidad, de administración é instituciones.

LECCIÓN 77.

Prosiguen los estudios sobre la casa de Austria.—Estado de la

Nación.—Causas económicas que se reunieron á las políticas.—Estado de la Hacienda.—Agricultura, industria y comercio.—Obstáculos que entorpecían el desarrollo de estos ramos.

LECCIÓN 78.

Prosiguen los estudios de la casa de Austria.—Desarrollo intelectual durante su dominación.—¿Por qué no progresan las ciencias?—Estado de las letras.—Escritores en verso.—Idem en prosa.—Historiadores.—Novelistas.

LECCIÓN 79.

Terminan los estudios sobre la casa de Austria.—Desarrollo de las artes.—Músicos.—Pintores.—Escultores.—Causas del decaimiento intelectual.—Misión que á la historia trajo la dinastía austriaca.—¿La realizó ó no?

LECCIÓN 80.

Guerra de sucesión á la corona de España.—Luis XIV hace más graves las circunstancias.—Alianzas que Francia y Alemania contraen.—Diversos resultados de unas y otras.—Sucesos de la lucha.

LECCIÓN 81.

Continuación de la guerra de sucesión.—El monarca francés pide la paz.—Inadmisibles condiciones.—Continúa la guerra.—Causas de que termine.—Paz de Utrech.—Sus principales artículos.—Tenacidad de Cataluña y Mallorca.—Causas que retardaron la consolidación de la dinastía borbónica.

LECCIÓN 82.

Casa de Borbón.—Breve reinado de Luis I.—Segundo gobierno de Felipe V.—La paz en el Imperio.—Guerra con Inglaterra é Italia.—Su muerte.

LECCIÓN 83.

Disposiciones adoptadas por Felipe V. para la prosperidad interior de España.—Consideraciones sobre su reinado.—Fernando VI.—Breve gobierno de este monarca.—Paz de Aquisgrán.—Sistema de neutralidad.—Sabia administración de este rey.—Amor á sus pueblos.—Su muerte.—Juicio que de él hicieron sus súbditos y la historia.—

LECCIÓN 84.

Reinado de Carlos III.—Sucesos exteriores.—Guerras con Inglaterra.—El pacto de familia.—Acontecimientos de la lucha.—Sus consecuencias.—Otras guerras.—Sucesos del interior.—Motín de Esquilache.—Conmociones en las provincias.

LECCIÓN 85.

Continuación del reinado de Carlos III.—Expulsión de los Jesuitas.—Sus causas.—¿Fue conveniente á los intereses intelectuales esta medida?—Detenido estudio de las notabilísimas disposiciones adoptadas por Carlos III para la prosperidad de España.

LECCIÓN 86.

Breve reseña del reinado de Carlos IV.—Revolución francesa.—Godoy.—Tratado de San Ildefonso.—Trafalgar.—Abdicación de Carlos IV.

Edad Contemporánea.

LECCIÓN 87.

Fernando VII.—Su prisión y su renuncia.—Heroica guerra de la independencia.—Vuelta del Rey.—Sumario de su reinado.—Pérdida de las colonias americanas.—Muerte del monarca.

LECCIÓN 88.

Guerra Civil.—Reinado de Isabel II.

LECCIÓN 89

Revolucion de Septiembre.—Fin del Reinado de D^a Isabel II.—Interregno.

LECCIÓN 90.

Breve reinado del Duque de Aosta. D. Amadeo I de Saboya.—Su esposa D^a Victoria.—Su gobierno.—Su renuncia.

LECCIÓN 91.

La república española.—Sucesos notables de ésta época.

LECCIÓN 92.

Restauración de los Borbones.—Alfonso XII.—Acontecimientos notables de su reinado.—Muerte de este monarca.—Regencia del reino.—Doña María Cristina.—Nacimiento del rey Alfonso XIII.

LECCIONES DE INTRODUCCION

AL PROGRAMA DE

Historia Crítica de España

EXPLICADAS EN CATEDRA.





LECCION I.

El derecho de gentes como ciencia.—Derecho de gentes natural y derecho de gentes positivo.—Teoría del derecho de gentes.—El derecho á la guerra.

Las leyes internacionales que sirven para estrechar más y más á los pueblos entre sí son una necesidad, para los que han de vivir una vida de actividad y de relaciones exteriores; de igual manera, que tratándose del individuo aisladamente le es necesaria también la *sociedad*; ese estado tan natural en nuestros tiempos.—Pues bien, la expresión de esa necesidad, manifestada en los pueblos en las relaciones de unos á otros, y en los individuos de hombre á hombre; es lo que constituye el llamado *derecho de gentes*.

Como se vé, desde el instante en que coloquemos al derecho de gentes en las circunstancias propias de su organismo, resalta la grandísima importancia que en sí tiene al considerarlo como una ciencia; pues se ocupa su estudio nada menos que de los principios y leyes que han de servir para gobernar y regir á los pueblos que forman la humanidad. El derecho de gentes en rigor de la verdad, nació en esa edad de las grandes empresas caracterizada por los constantes esfuerzos de los hombres hacia el progreso, en la Edad Media, tampoco para la reforma pasó inadvertido y en cierto modo, grande influencia alcanzó al consagrarlo como lo hizo religiosamente. Pero á pesar de todo, el concepto de la nacionalidad y de humanidad es patrimonio exclusivo de los modernos tiempos, tanto que á ésto se debe el haber surgido el derecho llamado de gentes, por cuya razón, si bien es innegable que la idea la apuntó la Edad Media, hoy ha sido cuando ha descendido del del mundo de las teorías para tomar cuerpo en la realidad.

Todos los pueblos cuya cultura y organización están á una altura conveniente, poseen ciertas colectividades que son las llamadas á intervenir directamente en las relaciones internacionales, constituyendo lo que se conoce con el nombre de *cuerpo diplomático*.—Pues esa diplo-

macia de que hablamos no ha tenido en cuenta para nada, las teorías que antes hemos expuesto por eso, al examinar la mayoría de los tratados que hoy forman la constitución Europea, veremos con asombro que estados enteros se han fraccionado y dividido, no ya como pueblos, como exclama el historiador Laurent, (1) sino como rebaños, como cosas, cuyos límites importaba poco respetar, sin tener en cuenta para nada, el derecho de las naciones lastimadas con semejante proceder, sirviendo aquellos despojos vivientes para acallar la ambición del Príncipe X ó del Monarca R.

Por fortuna nuestra desde algunos años á esta fecha, la idea del derecho de gentes se ha ido haciendo más palpable para los pueblos y para sus representantes. Como prueba de éste aserto recordaremos que en 1830, la Bélgica recobró su nombre y sus venerandas tradiciones, sin que á la diplomacia le quedase otro remedio, como obedeciendo á una ley superior, que cruzarse de brazos ante la demolición de los tratados de Viena, viéndose sin embargo en la crítica situación de tener que consignar que dichos tratados eran sagrados.—Esto supone desde luego una victoria del *derecho* sobre el *hecho*, y por eso nos apresuramos á consignarlo así.

El derecho de gentes, necesita de dos elementos que le sirvan para construir sobre ellas la debatida teoría de que tratamos: estos dos factores principales son: las *nacionalidades* y el *concepto de humanidad*. Respecto al primero nada podemos aún decir, se halla en estado embrionario, pero en cuanto á la unidad de la humanidad que es el segundo elemento del Derecho de gentes, cabe manifestar, que si bien es innegable, que más bien pertenece al mundo de las utopías que al de la realidad semejante concepto; también lo es, el que por una serie de circunstancias especiales las relaciones de los pueblos, se han ido haciendo más estrechas, las barreras que antes levantaban la diversidad de banderas y de lenguas, y aún hasta los pensamientos hostiles, se han borrado unos tras otros, y como á medida que más íntimamente se tratan los pueblos y más unión haya en sentimientos, y doctrinas, mayor influencia adquiere el concepto de humanidad; dichos está que este principalísimo elemento del derecho natural va á no dudarlo ganando muchísimo terreno, no ya en la esfera de las teorías sino en el campo de los hechos.

El derecho es también, un organismo científico: hoy sus elementos como hemos dicho anteriormente se encuentran en el periodo de elaboración, pero sus gérmenes de vida por doquiera se encuentran esparcidos; al igual de los átomos que se agitan en el vacío; pero llegará un día en que esas doctrinas se reúnan y formen una ciencia de bases sólidas, de la misma manera, que los átomos de la atmósfera formaran al aglomerarse andando el tiempo, quien sabe si hasta los mundos siderales cuyo eterno camino señala el dedo omnipotente de Dios.

De la misma manera que el individuo, una vez que se erige en familia, en Municipio, en Estado, etc., etc., necesita forzosamente de un derecho, que limite sus atribuciones; así también las naciones y los pueblos exigen algo que al igual de las relaciones individuales legitime y determine las internacionales, que después de todo aquellas no son

1 Historia de la Humanidad.

más que origen de éstas.—Y he aquí las bases para la ciencia del derecho de gentes.

Al célebre escritor Grocio, le cupo en suerte, ser el primero que estudiase seriamente ésta cuestión. En su obra de derecho de gentes—sentábase como principio la idea del derecho en el terreno de la fuerza, pero para andar ese camino se necesitan muchos siglos.—Después de la obra de Grocio, varios fueron los manuales que vieron la luz en aquella época; ya con el pomposo título de *Derecho natural* ya con el de *Derecho de gentes*, lo cual si históricamente nada de particular ofrece, para el observador señala una cosa digna de mención: que la idea ha ido siempre delante de los hechos, lo cual dió origen, después, á que el Derecho Internacional, fuera considerado como una anexión ó secuela del Derecho Natural.

Ínútiles por demás son casi todos los libros que en la primera mitad del siglo XVIII, se dieron á la estampa en la patria de Goethe.—Todos ellos encerraban un sin número de especulaciones falsas, no solo por los hechos en que descansaban, sino también por sus resultados en su mayor parte erróneos, uno sin embargo de ellos, llegó á alcanzar alguna fama, salvándose de los abismos insondables del olvido el nombre de su autor.—Vattel, que así se apellidaba el escritor á que antes nos referíamos, navegó con bastante suerte por los revueltos mares de las disquisiciones científicas en aquella época, y aún en la moderna; pues según acabo de leer, de dicha obra se han hecho dos ediciones, una española y otra inglesa, amen de unos comentarios escritos por un publicista portugués.—Y sin embargo, la posteridad no ha sido justa con Vattel, su libro, no fué otra cosa que una mala traducción del de Wolff, quien sin embargo adolecía de esa fantasía tan propia de los habitantes de las riberas del Rhin, los que sin duda, acostumbrados á la leyenda de sus bosques seculares, y á la idealidad de sus campos; gustan mucho de levantar grandes castillos en el vacío, que solo alcanzan de vida, el tiempo que la realidad emplea en derrocarlos.

Como en señal de reto en contra de esa literatura filosófica, algunos distinguidos escritores, quisieron hacer de la ciencia del derecho, una ciencia positiva.—El jefe de ésta escuela es Martens, pero á pesar de la importancia y talento de su autor, su obra no es otra cosa, que el exceso de la realidad en contra del exceso de idealidad; y en verdad es tan malo lo uno como lo otro.

Para que hubiese una manifestación armónica entre las ideas de Wolff primero, y de Vattel después, y entre las de Martens, sería necesario que una inteligencia superior adoptando un método verdaderamente ecléptico tomase las bellezas y bondades de cada una de estas opuestas ideas, rechazando lo malo; de esa manera, llegaríamos á concebir la unidad del ansiado derecho de gentes en sus dos más amplias manifestaciones.

Pero hoy por hoy, limitándonos al estado en que se encuentra la ciencia, desde luego manifestamos que si nos diesen á escoger entre el derecho natural y el derecho positivo, sin disputa elegiríamos el primero, y la razón es obvia.—En el derecho natural se observa un gran respeto á la ley, si su autor no eleva los hechos á la altura de su sistema particular llega á adquirir el título de ciencia, mientras que en el derecho positivo, no solo no encontramos la sombra de una idea en los

tratados por él ejecutados, si nó, que lo que se llama derecho, en realidad no son más que ridículas pretensiones, que la tradición ha sacionado en las relaciones internacionales, cuando no exigencias de algún embajador ó embajadora, constituyendo como dice muy bien el autor antes citado, (1) un derecho puramente de familia y del cual se han de utilizar en primer lugar los *attachés* y los secretarios de legación.

Para que exista lo que se llama ciencia, además de la idea primordial, necesítanse hechos que sirvan de apoyo á esa misma idea, amontonar acontecimientos sin iluminarlos con la luz de un principio, es desterrar desde luego toda influencia científica.—Por consiguiente, si hemos de ser discretos y parcos en nuestras apreciaciones diremos sin temor de equivocarnos, que el *derecho*, si bien es un organismo científico, aún no es ciencia—que este trabajo está á no dudarlo reservado al porvenir; pero que eso no lo alcanzaremos nosotros.

La patria Kant, como ha dicho muy bien, un célebre escritor; es la tierra de promisión de las ideas.—Y en efecto, tal vez desde hace cosa de medio siglo, los alemanes han invadido el campo de la Filosofía, con tanta fortuna, que la mayor parte de los principios científicos los han querido explicar por medio de fórmulas metafísicas, sembrando los contrerráneos de Leibnitz, por doquiera las doctrinas especulativas.

Los discípulos de Hegel, se encontraron, con que el maestro había ya estudiado el Estado, y con ésta base quisieron construir un sistema de Derecho Internacional.—Al efecto, lo mismo que Hegel al hablar del Estado sentaron como conclusión ahora, la suspirada Monarquía Universal; pero esto lejos de ser nuevo (abstracción hecha de las fórmulas hegelianas y de la forma) lo hemos ya encontrado en el autor de la *Divina Comedia*, quien algo de esa forma de gobierno, entrevió allá entre sus dulces amores con Beatriz, y su apoteosis de la gloria infinita.

Muy largas serían las consideraciones á que nos llevaría la explicación y las causas en pró y en contra que pudieramos aducir acerca de ese estado ilusorio de Monarquía Universal.—Cada uno de los que me lea puede libremente seguir el criterio del filósofo alemán, que supone la cosa más acedera y natural ese estado cosmopolista, ó el de los infinitos refutadores de la expresada doctrina, que viendo más detenidamente esa teoría, no en los principios científicos sino en la práctica de la vida, han hallado dificultades insuperables para su realización.

Que con la Monarquía Universal tendríamos garantido el derecho de gente no cabe dudarlo. Con esa unión política, realizárase también la unidad de sentimientos: es decir el concepto de nacionalidad y la idea de humanidad, y he aquí, que las bases mismas del derecho de gentes servirían de sostén y de contrapeso á las exigencias de los distintos pueblos que coadyuvar á la gigantesca obra de la *humanidad*.

Más hoy, en el estado actual de las cosas, repetimos una y mil veces, que hasta tanto que las sociedades no se constituyan, y traspasen ese período embrionario en que se encuentran, es muy difícil hablar del derecho que á cada uno le compete.

(1) Laurent.

La paz es hoy, como ha dicho Montesquieu, la condición natural de los pueblos; al paso que la guerra, representa la anormalidad en la vida.—En la antigüedad sucedía todo lo contrario: la guerra era el estado natural, la condición civil de los pueblos y de las naciones; la paz la excepción, tanto que para consolidarla hacíaase necesario un tratado que la garantizase.—Sentar este principio, equivale á proclamar el imperio de la fuerza física, más claro el reinado del más fuerte.

Si nos detuviésemos á estudiar á la antigüedad bajo este punto de vista, veríamos que en el terreno del arte por ejemplo: los artistas daban á sus creaciones una extremada magnitud y grandeza, al paso que si estudiamos al pueblo etiope, hallamos que solo es digno de la corona, entre ellos el que á una gran estatura, reuniese una fuerza proporcionada á su talla.—La India declara, que el *único elemento que une á los pueblos es la fuerza*, y por último, Tácito resume todas las creencias de la humanidad, en aquella frase, *la gloria de la justicia pertenece al más fuerte*.

La antigüedad no conoció el concepto de humanidad: la prueba de ello lo tenemos en lo siguiente.—No solo entre los Germanos los Pelasgos y demás pueblos bárbaros, existió el cruel sacrificio de las humanas víctimas ante el ara sagrada; sino que pueblos tan ilustrados como los Fenicios y los Romanos, por más que después los aboliese, se tiñeron las manos con la inofensiva sangre del vencido.—En la misma familia, era el Padre un dueño absoluto de vida y muerte, hasta sobre el hijo recién nacido, símbolo fiel de la inocencia humana. Pues bien, ¿si acabamos de ver, que por doquiera la fuerza reinaba, que tiene de particular, que se proclamase el bárbaro *derecho* de la guerra? ¿Puede existir un absurdo mayor, proclamar derecho en donde no hay otra cosa que desenfreno y barbarie?—Hoy se nos hace muy violento suponer semejante atrocidad, pero es porque estamos imbuidos del dogma de *humanidad*, que en aquellos tiempos se desconoció.—El origen de este derecho de guerra fué aquella frase tan enérgica del jefe de los galos: *¡ay de los vencidos!* grito que repercutió en medio de la ignorancia y salvajismo de las sociedades antiguas, necesitando que el tiempo fuese dulcificando aquellas costumbres que hoy nos causan horror y vergüenza.

LECCION II.

Relaciones internacionales.—I. El aislamiento como ley de la antigüedad.

Los pueblos todos de la humanidad, llegaron á hacerse la ilusión de que eran *auctóctonos*: más claro, hijos del suelo en que habitan.—La de los atenienses, los más engreídos con semejante ideal, fué celebrada en la antigüedad, no solo por los poetas, sino por los más preclaros historiadores y filósofos. Pero esta pretensión no era solo patrimonio de la ciudad de Minerva, era una creencia muy general en aquellos tiempos, que hoy á nosotros tal vez nos parezca mentira; pero la razón salta enseguida, al recordar que tenemos noción del concepto de humanidad, al paso que ellos en absoluto lo desconocieron, como ya hemos tenido ocasión de probar en la anterior lección.—La autoc-tonía es la expresión de la vida aislada que llevaban las primitivas sociedades; no se conocían más que á ellos mismos: allí donde terminaban sus contornos allí acababa el mundo.—Con esa soledad de las naciones primeras, alimentada por la ignorancia y el orgullo de los pueblos por sus terruños, engendrado en medio de la austeridad; sentaron semejante principio, así es que nada indica mas claramente el ideal de la antigüedad, que el *aislamiento*, su ley biológica.

El derecho internacional; que no es otra cosa que las relaciones establecidas entre los distintos pueblos y naciones del orbe, ni siquiera se soñó en la antigüedad que pudiera existir.—Esa fuerza expansiva de las ideas, que hacen que se armonicen elementos tan distintos como los pueblos modernos; lo mismo que las relaciones comerciales y políticas que tanto influyen en la unión, pasaron inadvertidos para los antiguos en esta época primitiva.

Según los poetas, el aislamiento es uno de los caracteres de la Edad de oro.—Ovidio en sus (1) *Metamórfosis* exclama: que aquellos

felices habitantes de los pueblos originarios; no conocían otros ríos y riberas que las de su patria, aun no se había visto al pino arrancado de las montañas, descender sobre la hinchada ola para ir á visitar extranjeros climas. Para los antiguos el aislamiento, llegó á ser un ideal; pero lejos de serlo, es contrario á los fines humanos; pugna abiertamente con la naturaleza del mismo.—El hombre es un ser sociable por esencia; retiradlo á la soledad, obligadlo á llevar una existencia solitaria, y concluirá por morir de pasión de ánimo.—El hombre necesita de los hombres, como ha dicho muy oportunamente un distinguido escritor sevillano, de suerte que condenarlo al aislamiento, es atacar de raíz su propia naturaleza. Pues bien, elevemos estas conclusiones del individuo hombre á la colectividad pueblo, y también observaremos los mismos resultados, el desarrollo de las facultades de unos y de otros no es posible que se realice en el vacío, sino en el estado de Sociedad, lo contrario como antes hemos manifestado sería el aniquilamiento. El ideal de hoy, es por consecuencia diametralmente opuesto al antiguo: ellos ambicionaban la soledad, nosotros la sociedad universal.

Hay, á no dudarlo, algo de verdad en la pintura que nos hacen de la Edad de oro, los poetas, historiadores y filósofos á que antes hemos hecho alusión. El retraimiento de los pueblos antiguos, no cabe duda es su fisonomía especial, todos ellos cuando aparecen en la escena del mundo, viven de una existencia separada, casi sin conocerse los unos á los otros.

Pero las naciones tienen marcados en la historia hasta sus más mínimos movimientos.—La providencia cual madre pródiga y cariñosa jamás ha abandonado á los pueblos á sus voluntariedades, lejos de eso, á cada uno, con mano invisible le ha señalado su destino en la vida.—El aislamiento confirma nuestro aserto; á primera vista parece un absurdo, un verdadero oscurantismo é ignorancia crasísima la de aquellas sociedades al no querer formar parte cada uno de sus componentes del concierto universal; pero deteniéndonos un poco y reflexionando sobre el principio de que los pueblos lo mismo que los individuos realizan una misión en la historia; comprendemos desde luego, que esa soledad que se impusieron los primeros hombres, fué casi divina. Y la razón la apuntaremos en seguida. Para que cada pueblo conservase su carácter peculiar y sus aptitudes genuinas, y además desarrollase la vida bajo un aspecto suyo propio; hízose necesario que desde luego viviesen en el más completo abandono de relaciones; hubiera sido imposible que en medio de la comunicación de sentimientos y afectos de los pueblos entre sí, y con el inevitable cambio de impresiones; conservara cada pueblo ese algo que constituye su tipo característico, que ha servido á los modernos para admirar sus grandezas y conocer sus genialidades.

Y estas consideraciones explican satisfactoriamente el porqué el comercio, las colonias y las guerras, que después tanto contribuyeron á la obra de la civilización, fueron impotentes en las primeras sociedades, á contener el aislamiento, cuyas raíces fueron tan hondas, que hasta le vemos en los estados cuyo origen se debe á la conquista, fructificar de una manera avasalladora.

En donde no existía otra cosa que una diversidad profunda de pa-

receres haciase imposible que viviese la unidad política, así vemos que las palabras República é Imperio, que nos hacían soñar en un concierto de ideas dentro de uno ú otro sistema de gobierno; en realidad carecían de significación y de sentido.—La India nunca fué más que una agrupacion de pequeñas ciudades; Persia una yuxtaposicion de pueblos; Roma, la señora del mundo, una mal constituida republica municipal.—Pero justos ante todo debemos consignar que el estado de aislamiento en la antigüedad, fomentó grandes virtudes y cualidades que ya no se encuentran, al menos con los mismos caracteres, entre los pueblos modernos.—¿Quién de nosotros no le llama la atención la idea que aquellas sociedades tuvieron por ejemplo de la hospitalidad? Sin embargo de todo, seguir el criterio de algunos historiadores que realzan á la antigüedad para undir cada vez más el presente, no es nuestro ánimo.

Nosotros comprendemos y así lo hemos proclamado que de las naciones pasadas tenemos mucho que aplaudir, pero que no por eso hemos de falsear la historia para tener el placer de maldecir de los contemporáneos.

LECCION III.

Relaciones internacionales; II Patriotismo de los antiguos.

El patriotismo como ha dicho acertadamente el ilustre autor de la *Historia de la Humanidad*, es el más natural, á la par, que el más legítimo de los sentimientos. Su gérmen, radica en el cariño, á veces exagerado; que le tenemos al lugar en donde por vez primera abrimos los ojos á la luz.

Distinguidos filósofos que han querido investigar la causa de semejante atracción hácia el pedazo de tierra en que se meció nuestra cuna; han deducido de sus observaciones, que las facultades tanto morales como físicas del hombre, al par que sus alegrías y tristezas, no son otra cosa sinó un producto del clima; resultados todos de sus relaciones con el exterior; tanto, que mientras más fuerte es su acción, tanta ménos se puede desligar al hombre del lugar de su nacimiento. Por eso ha dicho con sobrada razón (1) Herder, *que quitarle al humano su país, es secar la fuente de su vida*. Otra de las razones poderosísimas que hacen del suelo natal el ídolo de todo ciudadano, es la forma de gobierno. Mientras más se entremezcla el individuo en los asuntos políticos, tanto más se identifica con la causa del estado; del cual sin poderlo evitar, es un miembro activo. Esto y no otra cosa, fué lo que aconteció en las Repúblicas de Grecia y Roma y así históricamente debe suceder en todos los pueblos libres.

A medida que sean más los progresos en todos los órdenes de la vida, tanto mayor noción del concepto pátrio, tendrá el ciudadano, jamás con la civilización, como han pensado algunos erróneamente, se llegará á perder ese amor sacrosanto, y la razón la tenemos en que según sea la parte que los ciudadanos tomen en la soberanía nacional, más grande será el aumento de sacrificios en pró de su patria. En

este cariño cabe siempre la abnegación y el heroísmo más completo; porque con la pérdida de la patria y de su independencia, 'piérdese la mitad del alma. Pero, si bien es cierto, que el hombre debe sacrificarlo todo por ella, no lo es ménos, que está obligado á no abdicar un deber que sobre él pesa; pues el hacerlo sería ir en contra de su conciencia; que no basta que el fin sea santo, es menester que los medios tambien lo sean, ó por lo ménos legítimos.

Hechas estas manifestaciones nosotros aplaudimos, de todo corazón los nobilísimos sentimientos que han caracterizado á la antigüedad respecto al patriotismo. La humanidad cantará siempre con el erudito Horacio, *es dulce y glorioso morir por la patria*, dirá con el poeta griego (2) *que es bello amar á sus hijos, pero que la patria tiene derecho á nuestros primeros amores* y siempre repetirá con Cicerón (3), *que siendo la patria nuestra madre antes que aquella que nos dió el sér le debemos más reconocimiento que á nuestros propios padres*.

Los modernos tiempos caracterizados en la historia, por un individualismo exagerado, amenazan como exclama Masdeu destruir las sociedades, bien distintos somos de los hombres antiguos: para ellos la patria era lo primero, ante esa voz sagrada, despojábase el ciudadano de todo sentimiento personal; en una palabra, hasta la gloria misma no era más que un tributo pagado á esa patria por quien él derramaría hasta la última gota de su sangre. Pero así como somos los primeros en admirar á la antigüedad bajo este punto de vista, también lo somos en proclamar bien alto que en el patriotismo de los antiguos no busquemos nada de ideal.

Y no nos extrañe el que tal cosa sucediese: la ciudad antigua, no era otra cosa que una grandísima familia; así es que el amor patrio tenía mucho del afecto que engendran los vínculos de la sangre: era profundo pero egoísta. Además siendo la guerra el estado natural de los pueblos, el extranjero para ellos era un constante enemigo: así es que con el amor al suelo en que habitaban, confundíase el odio á todos los que no viviesen con ellos y no fueran miembros de sus colectividades. Al amenazar la guerra al Estado, 'poníalo en inminente peligro y con él á la libertad, á la familia y hasta la vida misma de los individuos, así al defender á su patria, defendía aquello que más amaba: por eso el patriotismo antiguo tenía por móvil el interés personal, lo cual hacía no del vulgo, sino de los hombres más doctos é ilustrados verdaderos exclusivistas. Hechos tenemos en la historia que no nos dejarán por poco veraces. Licurgo, el gran legislador ateniense, prohibió la emigración; Horacio deseaba *que el sol no pudiera ver nada más grande que Roma* y por último el gran historiador Tácito (4) se llena de alegría cuando dice *que las rancherías germanas se hacían la guerra á muerte y que su voto impío era el que los odios fuesen eternos*. En una palabra escojamos los más grandes caracteres de Grecia y Roma, y los encontraremos admirables dentro de los límites de sus ciudades, pero sus virtudes no ván más léjos. Repitamos pues con (5) Schiller que la antigüedad ha formado grandes *ciudadanos, pero no grandes hombres*.

(2) Plutarco *Præcepta gerend Reip.* c. 14.

(3) *De Rep. fragm* lib. I núm. I.

(4) *German*---c.---33.

(5) *Ueber Völkerwanderung Kreuzzüge und Mittelalter.*

Evitemos pues y censuremos duramente á los antiguos por su fe-
roz patriotismo, afecto singular, que no llevaba á los hombres á la co-
munion de ideas, sino al odio más implacable á todo aquel que no era
su conciudadano. Gracias á la predicación de una religión como la
cristiana, que proclama como principio divino la igualdad de los hom-
bres, se han ido modificando poco á poco, ideas tan especiales, se ha
ensanchado nuestro horizonte, viendo en todos los individuos herma-
nos y hemos llegado á colocar los intereses del género humano aún por
encima de los derechos de las ciudadanías; si bien debemos consignar
que el cosmopolitismo no nos debe hacer olvidar los sacratísimos de-
beres que hemós contraído con lo que hoy llamamos patria.

LECCION IV.

Relaciones internacionales III.—Hospitalidad de los antiguos.

Se ha tenido generalmente una idea exagerada de la hospitalidad de los antiguos, y ha sido, sin duda, porque trazada con vivísimos colores ha logrado seducir, por más que no sea sino como un falso diamante que despidе clarísimas luces en un tiempo efímero, pero que no resiste al más sencillo exámen. — Las sociedades jóvenes solo tienden como los niños á desarrollarse y satisfacer sus deseos de un modo egoísta. La hospitalidad fué un sentimiento individual y siempre encerrado en la esfera de gracia en que se concedía; y no obstante fué un adelanto para aquellos pueblos que tenían por sinónimas las palabras enemigos y extrangeros ó bárbaros, que tal era el nombre que se les daba; y por tanto la hospitalidad fué uno de los medios concedidos por la Providencia para el posible desenvolvimiento del progreso. Era necesario que el hombre viese en los demás á su semejante, no como dice Homero en la Iliada, al más vil y despreciable de los seres.

Pero entrando de lleno á examinar qué significa la hospitalidad en los antiguos, hemos de hacer algunas consideraciones preliminares.

Difícil era en los primeros tiempos las relaciones comerciales y cuando entre los romanos se establece el Derecho Pretorio, aparece el *pretor urbanus* y juntó á él el *pretor peregrinus*, legislando y defendiendo el uno á los ciudadanos, el otro á los extrangeros hospedados; parece que se reconoce el principio de humanidad; pero, sin embargo, el extrangero era esclavo del idioma latino, del idioma del pueblo Rey, lo que significaba la ruptura de la humanidad, pues para el romano el hombre que no hablaba su lengua no era digno de su derecho; y lo que nos demuestra que todos los hombres descendientes de una misma pareja, no eran considerados como una sola familia, antes al contrario; existía para ellos la odiosa división de libres y esclavos, colocándose

en la triste situación de cumplir la horrible máxima de Hobbes: *el hombre vendría á ser un lobo para el hombre.*

¿Pero cómo escapan esos pueblos? ¿cómo viven? Los había de salvar el cristianismo, pero antes era preciso otra idea bienhechora que preparase el camino para la reforma; para conducir á aquellos pueblos hasta el fin de la edad antigua; y tal idea fué la que tuvieron los hombres romanos, cuando confesaron, forzosamente, que aquellos á quienes humillaban, tenían más valor del que ellos les concedían, y de aquí el sentimiento de compasión por el extranjero: la hospitalidad que le daban en su territorio. Y he aquí la primera manifestación de la solidaridad en aquellos tiempos de oscurantismo.

La hospitalidad que no puede practicarse en la India, á pesar de la sanción religiosa; que coloca á los huéspedes á la altura de los dioses, ni en la Grecia que la declaró sagrada, fué en Roma casi una obligación jurídica, y lo fué porque la religión se entremezcló en la guerra y le dió cierto espíritu de generalidad; si tenemos presente que la teogonía pagana unió todos los dioses de la tierra bajo un mismo templo, en el cielo.

Pero esta hospitalidad *impuesta* por la religión era sólo un presagio de la caridad cristiana que pronto había de unir á todos los pueblos bajo la mirada de un Dios para que ayudándose y protegiéndose preparasen la realización de un mismo y supremo destino. Y mientras el cristianismo no aparece, los pueblos buscan afanosos algo que no encuentran y los filósofos sintiendo en su frente el calor de una luz que pronto aparecería, se oponen al progreso del panteísmo.

Estudiados hasta aquí los defectos de la hospitalidad antigua, veámosla ahora como institución privada, (porque no es pública, desde el momento que no es tratado ni obligación natural á la que se someten *las naciones*) y así la podremos examinar en lo que de suyo propio tiene en la antigüedad.

El hombre por muy orgulloso que sea, y por mucho que confíe en sus facultades individuales, siempre se siente débil aunque no sea más que en los inminentes peligros, y por ello, pide ayuda, ó auxilio, á los demás hombres; únicos capaces de prestárselo; el favor prestado por unos y el agradecimiento debido por otro, es lo que constituye la hospitalidad. Vemos pues que es un contrato bilateral tácito, celebrado entre los hombres extranjeros para su mútuo auxilio, sin que esto sea defender la doctrina de Rousseau, que se ha quedado sin un solo defensor y contra la cual se podrían dirigir críticas tan inoportunas, tan sin por qué y tan faltas de razón como las lanzadas de D. Quijote á los molinos de viento, que solo para él existían.

Y nace la hospitalidad de los intereses individuales ó particulares y desde ese momento en que se vé que unidos esos intereses son más productivos que aislados, sienta la humanidad tan hermoso principio.

Y tan fuerte es siempre este espíritu de unión utilitaria, que aunque las leyes lo prohiban, el contrabandísimo las barrenará y por eso mientras la libertad de comercio no sea un hecho, el contrabandismo y el comercio existirán, y tanto mayor será su lucro cuanto más fuerte y mayores sean las penas y los peligros que se le impongan ó que se les presenten.

Las necesidades ficticias creadas muchas veces por el progreso

(como son por ejemplo la del azúcar, el café, el tabaco ó el vino), lo hacen preciso para su fácil satisfacción y en ocasiones esto dá lugar á que los individuos de algunos pueblos, clandestinamente comercien y se protejan y así surge el concepto de hospitalidad particular.

Hija igualmente de la idea del puro lucro, fué la hospitalidad de los antiguos y tan sagrada llegó á hacerse para ellos la protección debida al compañero de sus empresas que antes prefiere recibir la muerte el huésped que entregar los depósitos dejados por el extranjero. Tales máximas aunque reformadas por Jesucristo, existen hoy mismo y fueron siempre dictadas por los religiosos á sus discípulos.

Pero la hospitalidad existió solo como un ensayo en los pueblos antiguos, fué un lazo que ya preparaba el concepto de humanidad, sin que los antiguos tuvieran de élni un mal presentimiento. La hospitalidad de los antiguos no es para nosotros un ideal y no lo es, no porque sea privada y dependa exclusivamente de la voluntad, que después de todo así la entendemos, y así debe ser porque de otro modo, impuesta por la ley, sería la caridad sabiendo la mano izquierda lo que hace la derecha, es decir la falsa caridad, sino porque el hombre al dar hospitalidad á otro semejante lo hace porque es compañero en sus riesgos y sus ganancias, nunca porque es hombre.

A la guerra y al comercio pues, se deben indudablemente las relaciones entre los pueblos. Las colonias vemos que se deben generalmente al comercio aunque á veces también á la guerra. No admitiremos las colonias guerreras como medio de esa comunicación. La Providencia para estos fines, de enlace y unión, dió una fuerza expansiva mucho mayor á los pueblos antiguos que á los modernos, tan expansiva como la del niño, según la frase "el colegial en jueves." Y así como el joven al salir de la estrecha clausura en que no se le permite hablar y apenas moverse, comienza á saltar y á correr, á jugar y á reír, mostrando en todo, que gasta, sin cuenta, el material de actividad guardado durante su encierro, así los pueblos al despertar del sueño contemplativo en que la edad teológica los absorbe, repentina y bruscamente comienzan la vida de su actividad y emplean todas sus fuerzas sin reflexión, y la guerra se hace porque sí, porque es preciso hacer algo y el algo que se les ocurre es combatir, nada importa: lo preciso es demostrar nosotros fuerza, matando y esponiéndonos á la muerte lo conseguiremos?—Sí: pues, ¡a la guerra! Esta y no otra es la conducta de los pueblos antiguos en su primer momento. Después esa actividad se demuestra de un modo más útil y menos costoso por medio de las caravañas que indican la aparición del comercio. Y como tránsito entre una y otra vida podemos considerar el de las guerras *hechas con causa*, aunque estas fueran levísimas.

Los sanscritos, pueblo de epopeyas, y los egipcios, llenos de ciencia, es verdad que tuvieron un período heroico, antes de entregarse á su eterna meditación; pero ese período de lucha es cortísimo respecto á su larga vida y comparado con el de extensa lucha de otros pueblos en que la guerra llena casi toda su vida. Véase si no á los pueblos de las llanuras del Asia combatiendo con todos los que encuentran á su paso. Ciro y Cambises también nos lo demuestran.

Y esos pueblos guerreros, salpicando continuamente su armadura con la sangre de sus víctimas, realizan una misión tan grande que los

hace acreedores á más admiración y menos repugnancia que la que le concedemos á primera vista: ellos unen á los Indios con los Egipcios, ellos relacionan razas distintas y con Ciro y Cambises, unen el Asia con el Africa, y con Jerjes y Dario, unen á Europa con Asia. Esa unión por un medio que parece desunir ha hecho exclamar á un autor: "tanto hizo Alejandro con la espada como Colón con la brújula." ¡Cuanto no debe la ciencia, vínculo el más fuerte de unión entre los hombres, á las conquistas y á los grandes guerreros!

Las conquistas han desaparecido; pero los descubrimientos hechos por los sabios que acompañaban á los conquistadores existen y se nos enseñan. Aníbal murió; pero sus descubrimientos nó. César enseña y descubre las costumbres de los pueblos del Norte.

Pero la guerra no era sino el medio para una nueva y más estrecha relación: que en manos del comercio y de las colonias, hicieron romper á los pueblos la vida de aislamiento en que yacían.



LECCION V.

El aislamiento es quebrantado por las guerras, las colonias y el comercio.

Hemos dicho al ocuparnos anteriormente del aislamiento de los pueblos primitivos que ese estado de soledad era su ley biológica; pero á pesar de todo no podía ser absoluta. La prueba la tenemos en que los pueblos de la antigüedad, partes importantísimas del todo humanidad, llegan á realizar la misión de ésta aun sin darse ellos cuenta, y cumplen la gran ley de unidad y asociación, base fundamental de las relaciones exteriores, comerciales y políticas; y origen del llamado derecho internacional. Además, el abandono de las sociedades primitivas, jamás existió como se lo llegaron á forjar en su mente los poetas de la edad de oro; lo que ellos pensaron, era tan distinto de la realidad, que no podía ser más: su fantasía llegó á darle carácter ideal, cuando si nos fijamos bien, como ya hemos indicado, lejos de constituirlo, es perfectamente contrario al desenvolvimiento del hombre, y por tanto opuesto á su naturaleza.

Pero era necesario que cumpliendo aquellos pueblos su destino, es decir, sacudiendo ese letargo desposeído de todo contacto con los demás habitantes, pusieran en movimiento su actividad, y efectuasen la primera manifestación histórica de todo pueblo joven. la extensión de sus límites. En efecto, así sucedió; sin duda la Providencia velaba sobre aquellos rudos hombres: jamás la fuerza expansiva de los hechos y de las ideas han tenido tanta prepotencia y empuje como en esta época: sentíanse todos como influidos por algún sér superior que les hacía romper los reducidos límites de sus murallas natales. y despertarse en sus corazones la idea de la conquista y la dominación universal, ideas muy naturales después de todo, si tenemos en cuenta que sumidos dichos pueblos en una austeridad pasmosa, desconocían por completo las distintas emociones que se sienten al choque de las lan-

zas y al ¡ay! del moribundo, buscan un medio que les sirva de instrumento para la realización de sus deseos y este medio es la guerra; la cual tiene tanta parte principal en esto, y forma de tal manera la esencia de la antigüedad que los pueblos aparentemente más pacíficos, se entregan á la ambición de la conquista en una de las fases por lo menos de su existencia. La India misma tuvo su edad heroica; diganlo sino el *Ramayana* y el *Mahabarata* antes de entregarse á las meditaciones filosóficas y á la contemplación de *Brhama*. Los Faraones también reconocieron como conquistadores el Asia en cierta época; la guerra misma que para los ribereños del Nilo, no era como dice Laurent (1) mas que un hecho accidental, bien pronto llegó á ser la vida entera de otras naciones; los bárbaros habitantes de las estepas del Asia, guiados sin duda por esa intuición cuasi divina, determinan conquistar el mundo cuya extensión no conocían, y llegan á reunir el Asia Occidental en una gran monarquía, poniéndola en contacto con la Europa.

Los expedicionarios y guerreros de aquellas edades, exclama Masdeu (2), tenían algo de nuestros actuales navegantes; un atrevimiento digno de aplauso y una tranquilidad para los peligros asombrosa. Alejandro fué quien descubrió la India, Anibal y las célebres legiones romanas, abrieron las primeras vías entre los Galos y la Italia, y un émulo de Alejandro quien osó aventurarse hacia el Norte de Europa. Mas con los sucesores de Cesar, acabóse la obra de la conquista y del descubrimiento, y prepararon el terreno para un nuevo desarrollo de la humanidad.

Un autor que ya hemos citado (3) dice: que no todos los medios de poner á los pueblos en comunicación son igualmente buenos; el camino de la guerra es el más rudo, y el más malo. La guerra salvaje siembra el odio y no el amor, la comunicación moral que funda no es, por lo menos, el objeto de los conquistadores. Las colonias de los antiguos esparcían las ciencias al mismo tiempo que el comercio: por ellas fué por quienes se immortalizaron los Fenicios y los Romanos. En efecto, no son las armas la más dulce de las maneras de entablar relaciones un pueblo con otro. Nada hay mejor ni más hacedero que el sistema de la colonización; con él, á no dudarlo, se consigue entre los distintos componentes la unidad y la armonía, que es á lo que aspiramos sin cesar.

Sin embargo, no debemos deslumbrarnos con la pintura casi ideal que de la colonización nos hace el escritor antes citado: las colonias antiguas no vayamos á creer que eran actos pacíficos. Nos engañaríamos si tal cosa sospecháramos. Su establecimiento no era una cosa que actos de fuerza. La historia nos da la razón: Tiro y Cartago sembraron de establecimientos las costas del Africa, de la Galia y de la España, mas todos sabemos que el interés personal fué siempre la idea congénita al pueblo Fenicio.

La misma colonización griega, sin disputa la que dió ejemplo en la antigüedad, debió su importancia y unión al conjunto especial de fa-

(1) H. de la humanidad.

(2) H. de España.

(3) Herder.

cultades tan diversas que hicieron de los helenos el pueblo iniciador: sin embargo, nadie desconoce que esas colonizaciones tan admirables no fueron otra cosa que el resultado de violentas revoluciones. Y por último Roma, la olímpica matrona, también envió colonias, que solo fueron el medio empleado por su administración para tener ligados los países adquiridos por la conquista, al Imperio.

Pero no por lo que acabamos de manifestar, váyase á creer que nosotros no somos partidarios de este medio de civilización: las colonias consideradas como camino para la unidad política, tienen á no dudarlo grandísima importancia que somos los primeros en reconocer y consignar.

El ilustre autor del *Espíritu de las leyes* (1) dice hablando de las relaciones internacionales, que el comercio, es la imágen, en su más alta expresión de la solidaridad humana. Y tiene razón; las relaciones que primero fundó el interés personal se han ido agrandando y tomando un carácter más general, hasta llegar á constituirlo como lo vemos hoy, que bien estudiado, el comercio no es otra cosa que una verdadera sociedad de mutuas conveniencias entre los pueblos del mundo:

En la antigüedad, hacíase difícil por el encierro en que por tantos años vivieron los pueblos que tuviesen conocimiento del comercio; por eso consecuente con el espíritu que informaba á aquella época, Licurgo lo proscribió y los historiadores exclaman: "dichoso el pueblo que jamás sale de sus campos", falsas ideas que la humanidad moderna ha rechazado con energía, presintiendo que el aislamiento es la muerte civil y moral de las naciones.

Además, no todos los países producen aquellos artículos de primera necesidad, que el hombre necesita para su vida física. Si no hubiera esas relaciones que determinan el comercio, la mayor parte de los pueblos del orbe, lo pasarían bastante mal; porque tal parece que el Creador, deseando unir á todos los hombres, ha colocado esos artículos no en un solo sitio, sino que los ha repartido por el globo, dotando al hombre de un algo que supera á todas las preocupaciones y peligros: ese móvil es el interés, el más poderoso de los agujones.

Nuestro aserto, históricamente se encuentra comprobado: el pabellón de tiro llegó á flotar hasta en los mares del Norte sobre las costas del Asia y en el Océano Indico. Cartago también sintió ese espíritu mercantil; pero las circunstancias porque hubo de atravesar, le hicieron abandonar el camino empezado y dedicarse de lleno á la guerra.

Lo mismo le sucedió á Roma; tampoco se pudo aprovechar del comercio que puso en su manos la ruina de su rival: sin embargo, las relaciones continuaron. Alejandría subrogóse el lugar de Cartago é iluminada por el genio de su fundador, llegó á ser no solamente un depósito de mercancías, sino la cuna del movimiento intelectual greco-romano.

(1) Montesquieu.

LECCION VI.

Idea del progreso: la Filosofía y la Religión en la antigüedad.

Entre el hecho y el ideal existe y existirá siempre una distancia inmensa: el hombre ser infinitamente pequeño é imperfecto no siempre puede realizar lo que concibe; pero el concebir un ideal, por más que no sea realizable en la vida, indica por lo ménos la existencia de un fin hácia el cual, lleno de entusiasmo la humanidad dirige sus pasos y su inteligencia. Pues bien, la falta de esa idea, de esa ley que á manera de antorcha alumbra al hombre de nuestros días se nota en seguida en la antigüedad; para ella no existía la fé de la perfectibilidad humana, que á nosotros nos consuela y nos anima.

La diferencia que media entre la antigüedad y los pueblos modernos es grandísima y se explica fácilmente: aquella no conoció el sin número de acontecimientos que á nuestra vista se han efectuado: en primer lugar al cristianismo, que pone fin al orbe antiguo, más tarde las irrupciones de los bárbaros y por último la serie de ideas y de principios que han hecho remover al mundo y formar siquiera sea en el terreno de las utopías una doctrina tan hermosa como la de la unidad humana.

Y he aquí apuntada la idea filosófica, al desaparecer la esclavitud, que inteligencias superiores creían eterna, y al aperebirse de que la humanidad tiene un ideal al cual siempre camina, aún cuando su paso esté obstruido por revoluciones y sufrimientos. La filosofía pues como decíamos, investigó ese destino y fundándose en los dogmas cristianos, proclamó que los hombres son todos solidarios y que los pueblos deben formar un todo armónico. Para los antiguos nada de ésto existía aferrados á la extraña doctrina del *Año grande*, negación de todo progreso y perfectibilidad humana, sustentábase en ella que todas las cosas humanas, debían renovarse, los ástros volver á entrar en sus primeras órbitas, los hombres y los pueblos volver á comenzar su pasada existencia, y esta leyenda se encuentra tan extendida en la humanidad

que Laurent ha encontrado vestigios de ella, hasta en los últimos es-tóicos.

Grandísima pero perniciosa influencia fué la que debió sentir la humanidad antigua con una doctrina tan llena de errores, sobre todo en el orden político, que llega á creer que la fuerza reinaba en el mundo y que á ella le pertenecía el imperio.

Pero si bien es verdad, que los filósofos guiados por sus conocimientos rechazaron de plano toda intervención brutal, toda violencia ilegítima, en el fondo de sus doctrinas, otorgaron á la inteligencia el derecho de dominar: lo cual andando el tiempo constituyó la célebre *soberanía de la razón*. Violencia más brutal ni más cínica que la esclavitud, no existe. Sin embargo Aristóteles la justifica tambien. Platón encuentra muy natural el estado de guerra de los antiguos.

En nuestros tiempos algunos individuos llenos de un pesimismo extraordinario, al enfrentarse con las decepciones de la vida, sueñan con el pasado, negándole al presente todo el progreso conquistado palmo á palmo. Pero á los que tales cosas piensan, les recomendamos como lo hace Laurent, el estudio de la *República de Platón*, y allí se encontrarán entre otras cosas, por ejemplo, que el gran filósofo permite á los ciudadanos de su república que han llegado á la edad juvenil la Venus vaga, pero prohíbe á las mujeres el dar á luz los frutos de ese libertinaje: y si á pesar de sus precauciones les nace un niño, manda exponerle, porque ha nacido á una edad en que el cuerpo y el espíritu no se hallan todavía en la plenitud de su vigor. (1) De seguro, que el que me lea exclamará, delirios de la imaginación, pues hojeemos la *Política* del discípulo de Platón.

Aristóteles quiere al mundo tal como es, y manifiesta que así le vá perfectamente, sin embargo, una inteligencia como la suya extraviada completamente en ciertos particulares, prohíbe que se tomen cuidado con los niños que nacen defectuosos, y para evitar el aumento de población, indica la conveniencia de que se opongan obstáculos á la procreación: se provocará el aborto, dice el filósofo, antes de que el embrión haya recibido el sentimiento de vida. (2)

¿Y qué dirán ahora los panegiristas de éstas doctrinas horribles y brutales? ¿Negarán acaso el grandísimo progreso de las sociedades actuales? Difícil sería cerrar los ojos á la serie de hechos que á cada paso hallamos en los anales antiguos. ¿Quién se atrevería hoy á justificar el fratricidio que por el amor á la patria cometió Timoleón, uno de los héroes de la Grecia? La razón loca y desatentada llega á declarar, que la más admirable de las acciones era el tiranicidio, y que un hijo en ese caso, debía matar á su padre. (3)

Horrible barbarie, que supone, la dislocación intelectual del concepto familia. Más en medio de tanta ignorancia la antigüedad impávida prosigue su camino llevada por la mano de Dios, camino que la llevará al perfeccionamiento sinó absoluto, que ese nos está negado, por lo ménos al relativo que ya es bastante alcanzar.

La religión cristiana fué sin duda la encargada de borrar tanta de-

(1) República-V-361-c.

(2) Política VII-14, 10.

(3) Véase á Laurent T. II, Estudios.

signalidad y barbarie: San Agustín dice que la palabra religión, viene de *religare* (1) porque ella ha servido para unir á todos los hombres. Cuando los pueblos se formaron, pusieron sus cultos en comun, los dioses dejaron de ser individualidades y extendieron su influjo sobre toda la nación: pero como los sentimientos de los hombres no iban más allá de los límites de la patria; también los dioses eran nacionales, por consiguiente aquí es donde la religión pagana se detiene, por la razón que hemos apuntado. Los orientales nos dice la historia daban á sus dioses el nombre de señor ó de rey de la ciudad: convirtiéndose en protectores de sus adoradores, pero si sus apoyos resultaban ineficaces, los llenaban de improperios.

Habiendo tenido Augusto pérdidas cuantiosas en la mar, mandó retirar la estatua de Neptuno, castigando de esa manera al dios por su infidelidad. (2) Entre los fetichistas es muy comun la ruptura del ídolo, si los hechos no resultan á medida de los deseos del adorador. Los sacerdotes hebreos mezclaban á los ritos del culto en la plaza pública, imprecaciones y maldiciones contra los mismos que servían. (3)

Como que los antiguos desconocieron el concepto de unidad y la idea de perfectibilidad humana; dividieron á la humanidad en tres periodos que llamaron de oro, de plata y de hierro. A la primera la nombraron así, en virtud de que ellos creían, que al aparecer las cosas, lo habían hecho con todo el progreso posible. Más como la humanidad, no se ha mantenido en ese estado de oro, siró que se ha modificado en diversos sentidos: la humanidad, ha degenerado: he aquí la edad de plata; y llamaron de hierro, á aquel período lamentable en que estaba engolfada la humanidad. A primera vista ésta es la negación de la perfectibilidad humana y sin embargo es tal el deseo en el hombre de mejor porvenir que á esto se debe según algunos el mito de la edad de oro.

Cambiado ese mito en esperanza, tendríamos el primer paso hácia la civilización: el mazdeísmo lo realizó—despojada de todas sus místicas envolturas veremos en su esencia la visión del progreso.—Pero quién por la primera vez, en la historia hizo ver la idea de la *unidad* fué la religión cristiana, sin embargo de que muchos siglos antes Buddha, había soñado la sublime ambición de dar salud á todas las criaturas sin distinción de clases. El cristianismo rompe pues con las tradiciones paganas.

La unidad podía abrirse paso en el mundo pagano consagrado como lo estaba por el politeísmo á la división. Sin embargo la unidad divina, fué reconocida por los sabios y acabó de echar raíces en el pueblo. La poesía lo expresa muy amenudo.

Los filósofos aún más que los poetas debían abandonar el paganismo para alimentarse de una doctrina de unidad y humanidad, efecto de que la poesía estaba en cierto modo consagrada al culto de los dioses, mientras que la filosofía era enemiga mortal del politeísmo. La poesía griega si bien es verdad, que fué extraña al concepto de unidad, tiene ciertos arranques y sentimientos de fraternidad, Homero mezcla

(1) *De veritate relig.*-113.

(2) Sueton Augusto 16.

(3) Imprecaciones de los sacerdotes contra Filipo I, XXXI-44.

en sus poemas acentos de un humanismo, perfectamente delineado, lo cual causa asombro en el seno mismo de una edad de hierro, cual en la que escribía en donde se advierte la fiereza liberrima de los pueblos, y sin embargo el alma del poeta pura y amorosa hace vibrar acordes dulcísimos de fraternalismo, dignos de épocas de más adelantados que la presente.

Los trágicos también sintieron algo de lo que le sucedió al autor de la Iliada: verdaderamente las obras de aquellos autores eran para una sociedad más adelantada, ejemplo de ellos tenemos con (1) Sófoles en la Grecia, que sobre un teatro pagano cometió un anacronismo tan sublime como éste: *Ven, mi corazón está hecho para henchirse de amor y no de odio*, palabras que no desdenaría la más pura de las vírgenes cristianas en pronunciar de continuo. Pero volviendo sobre nuestros pasos ¿todo lo que nos enseña la filosofía antigua debe rechazarse de plano?

He aquí una pregunta á la que pronto daremos contestación. No ciertamente; algo hay en ella que no debemos dejar escapar, por más que no esté expuesto con toda la claridad deseada. Los filósofos antiguos han buscado siempre la verdad, y en este trabajo se han olvidado de su propia religión, constituyendo este primer acto de confiarse así mismo, de hacer independiente la conciencia, un gran progreso. Examinadas por ejemplo las doctrinas sobre la amistad de los pitagóricos vemos desde luego que es contraria á su religión y abarea al universo entero es en una palabra un presentimiento de la religión de caridad por más que ellos sean exclusivistas en este sentido. Otros filósofos hallamos en la antigüedad verdaderamente notables. Sócrates, sin ir más lejos lanza destellos semi-divinos, siendo como es su moral muy distinta de su religión, fué el primer hombre que murió mártir de sus ideas, razón por la que algunos historiadores le designan con el honroso título de *divino*; reivindicándolo como á uno de los suyos, los Padres de la Iglesia con el dictado de precursor de Jesucristo. Lisandro tirano corrompido que gobernaba la Grecia, afanábase por sepultar las doctrinas de *fraternidad universal* vertidas por el filósofo, toda vez que ellas eran contrarias, como debían serlo á sus ideas, más bien ambiciosas que políticas, y hé aquí porque Sócrates fué perseguido, sirviéndole la corona del martirio de lauro glorioso que entonces sombreó su preclara cabeza, aún brillando hoy despues de tantos siglos, su nombre al lado de los más sábios y más justos. Pero si la muerte aniquiló al hombre sus doctrinas vivieron; Platón se encargó de trasmitirlas á la posteridad; tambien los padres de la Iglesia, las cuentan entre sus intérpretes. Si hiciéramos estudios de las obras de Platon veríamos que el filósofo renombrado el *divino* fué el que más grandemente interpretó la justicia. La mayor parte de los conceptos de este pensador profundo sobre la idea de Dios, la paz y la fraternidad humana son verdaderamente asombrosas y ninguno de los que le siguieron en el estudio de la Filosofía, prohibaron sus teorías antes al contrario exponen cada cual á su manera las doctrinas puras del filósofo y rechazan casi todos ellos hasta la manera de vivir del maestro insigne. ¿Y por qué nos preguntamos, las doctrinas de Platón no tuvieron buenos fru-

(1) *Antigone*-V.-423.

tos? Porque la humanidad anda sus pasos hácia el progreso muy lentamente, y sucede que cuando un hombre en cualquiera época de la historia, por su conocimiento é inteligencia se adelanta á ella en la manera de expresar sus conceptos, de formular sus conocimientos, se queda solo, porque la sociedad, la época, la nación, el universo que les rodea es incapaz de apreciar y comprender el inestimable valor de sus teorías. Platón vivía en eterna contradicción con sus tiempos y tiene como todas las grandes figuras de la Historia algo de *divino* porque son hijas de la Providencia. Más poderoso que filósofo, és el soberano absoluto que emplea su libertad en contra de las costumbres: Alfonso X legislador, es una prueba de lo consiguado. El mundo antiguo, pues, no comprendió á Sócrates y lo mismo le sucedió á Platón, el cual á veces se le vé doblegarse á sus conciudadanos y exclamar que la "lucha era necesaria á la Historia y que la Grecia y los Bárbaros habrían de pelear eternamente."

Aristóteles si bien es verdad que se amoldó á las teorías de su época, la adelantó bastante; dígalos sinó la defensa que hace de la esclavitud; dato que enseña á no dudarlo, un grandísimo progreso. Nadie hasta entonces había buscado la causa de este injustísimo estado civil y este solo hecho indica adelanto, pues no se contenta con admitirla porque exista, sino que busca y encuentra una causa, por más que ella sea falsa: la *soberanía de la razón*, además en su teoría sobre la amistad, se encuentran dogmas preciosos de nuestra religión vislumbrada anteriormente por Sócrates su antecesor.

Las especulaciones filosóficas pues y las creencias religiosas de los antiguos dejan el campo libre al cristianismo. El evangelio fué predicado á los Judíos y á los Gentiles; muestra de su origen, al mismo tiempo que de la misión de la antigüedad.

LECCION VII.

Ciencias auxiliares.—Crítica.—Su importancia.—Razón de su estudio en esta asignatura.—Condiciones del crítico.—Ciencias con quienes vive en íntima armonía la Historia,

Zoilo que se había dado el nombre de *Homero mastix*, esto es, el azote de Homero, habiendo venido á Macedonia, leyó al rey Tolomeo Filadelfo los libros que había escrito contra la *Iliada* y la *Odisea*. Tolomeo se llenó de indignación porque se habían atrevido á atacar de aquella manera al padre de los poetas y al maestro del buen decir en todo género de literatura, durante su ausencia, vituperando los escritos á aquel que era objeto de la admiración universal; pero entonces el crítico no respondió nada; mas habiendo prolongado su residencia en Egipto se vió precisado á pedir algunos socorros al Rey. ¡Cómo —exclamó Filadelfo;—Homero que hace diez siglos que ha muerto, hace vivir á millares de personas, y aquel que se cree más habil que él no encuentra medios para sustentarse! Y por último le impuso el suplicio de los parricidas: es decir, mandó que lo enclavasen en la cruz, ya que no se crea que murió apedreado ó que los habitantes de Smirna le quemaron vivo. Porque este hombre, añade Vitrubio de quien sacamos la siguiente relación, se hizo merecedor al más horrible suplicio al atacar al que ya no existía (1).

Acabamos de ver el fin tristísimo que le cupo al primero que disintió en materia literaria en los primeros tiempos de la humanidad, pero lejos de haber servido de ejemplo la suerte de Zoilo, la crítica, cuando ha sido honrada, se ha oído y se ha aplaudido.

Hoy forma algo más importante que una apreciación particular; constituye una ciencia tan importante y tan llena de dificultades, que

(1) Enciclopedia Moderna.—Letra C.—p. 695.

no son por cierto los críticos los que más abundan; antes al contrario, los que más escasean, por virtud de las condiciones que se les exige para ser llamados de esa manera.

La crítica es una ciencia que nos sirve para someter los hechos á su exámen, de donde salen á la manera de un metal sometido á la acción del fuego, limpios y puros; es decir, separados de toda idea fantástica ó mitológica, que les hacían aparecer ciertos bajo tales ó cuales aspectos, ó viceversa, falsos; y en este concepto la crítica tiene para el historiador un valor inapreciable, pues á ella sola está encargada el estudio y presentación de los acontecimientos tales y como se han verificado en el tiempo y en el espacio, sin nada que tienda á desfigurarlos ni á oscurecer sus resultados.

El primer requisito de la historia, dice el erudito historiador don Fernando de Castro (1), es que el hecho sea verdadero. Tal es el objeto de la crítica histórica, que examina el hecho en todas sus circunstancias y pormenores, tanto con relación al testigo como á la cosa testificada, hasta depurar su verdad ante el crisol de la razón y de la experiencia. Los principios ó reglas que aplica la crítica, se fundan principalmente en los cuatro establecidos por Cicerón en su libro *De oratore* hablando del historiador: *ne quid falsi dicere audeat, ne quid veri non audeat, ne qua suspicio gratiae sit in dicendo, ne qua similitatis*.

La crítica es pues una necesidad para la historia, es un compañero inseparable decidido siempre á realizar el principio de que ella no es otra cosa que la relación ordenada de los acontecimientos, tenidos por ciertos en el orden de los tiempos, y está llamada á consignar aquello de que se tenga certeza absoluta, aquello que en efecto se halla realizado. ¿Y ésto como se consigue? Pues por medio de la crítica, ciencia auxiliar del conocimiento histórico.

Con las manifestaciones consignadas, desde luego comprenderemos por qué al examinar la Historia de España, le anteponemos el calificativo de *crítica*, y aún más, porque estudiamos en estos momentos á la historia patria bajo ese aspecto. La Historia nacional, como todas las historias particulares, también necesitan de la crítica, tanto que, gracias á ella, hemos podido declarar por ejemplo, que el *pacto de las cien doncellas* fué un mito, que la batalla de *Clavijo* se realizó en algún sueño del Rey Ramiro, y desechar un sinnúmero de hechos, que sometidos á su escarpelo, han resultado del todo falsos.

Sin que nosotros abriguemos la idea de trazar reglas para la crítica, consignaremos que el primer deber del crítico es la perpétua desconfianza de sí mismo y una lucha constante contra el abuso de sus disposiciones naturales. El sistemático debe apartarse de los hechos; el investigador de los detalles, elevarse al poder de los sistemas; el indocil debe acostumbrarse á respetar á los grandes genios, y el satélite se violentará para ascender á otra órbita que la de su sol. Pero cualquiera que sea este trabajo interior, los empleos no por eso dejan de estar consignados de antemano; conviene que existan críticos que

(1) *Resumen de H. Universal*, p. 22, T. único.

estriben sus análisis en la comparación, y críticos que paren mientes en los pormenores; la admiración de los unos nos ilustra tanto como la diatriba de los otros: al crítico universal se le llama fenix.

Además, el crítico, debe tener una percepción clara, y un talento grande que le sirva para hacer sus abstracciones y estudios, no en el terreno de los hechos, sino en el mundo de las teorías é hipótesis. Otra cualidad importante es la severidad en los juicios que ha de emitir ésto, según distinguidos publicistas, solo se adquiere merced á un trabajo mental verdaderamente analítico, unido á una manera especial de ver las cosas; en suma, que el crítico debe poseer condiciones personalísimas. Un conocimiento profundo de la historia hasta en sus más mínimos detalles, amén de una cultura general en las demás ciencias, también le es sumamente útil al crítico, porque la historia es tal vez el organismo científico con quien se relacionan más ciencias.

La imparcialidad en la manera de juzgar es la piedra de toque de estos conocimientos. Un crítico que sea parcial; que con facilidad se apasione, hace de la ciencia, que es cosmopolita, un sentimiento verdaderamente particular.

Cuatro son, pues, las operaciones que el crítico lleva á cabo: juzga, analiza, describe y clasifica.

Después de haber indicado, siquiera sea someramente, las condiciones personales del crítico, deberíamos analizar el talento de la crítica; pero llegamos á un terreno tan variable como la organización de los individuos. Hay pocos escritores científicos que no hayan escrito algunas páginas de crítica y estas páginas son sin duda, las mejores, ó al menos, las más instructivas.

La Historia como decíamos anteriormente, se relaciona y vive en estrecho maridage con un porción de conocimientos que á no dudarlo le prestan grandísima importancia. Estos auxiliares históricos son: en primer lugar la Geografía y la Cronología. Los antiguos designaron á estas ciencias con el nombre de *Ojos de la Historia*; y es en efecto así. La *Geografía*, indicándonos el sitio donde se realizó el hecho, y la *Cronología* determinando la época, el tiempo, prestan al estudio de la Historia un gran refuerzo, pues casi casi le deja á la Historia el exámen del acontecimiento. Viene á completar este trabajo anterior otra ciencia llamada *Etnografía*, cuya misión es estudiar las filiaciones y orígenes de los pueblos, dándonos á conocer hasta la configuración propia de las distintas razas que pueblan el globo. Los monumentos también son libros en los que la humanidad ha trazado una parte de su vida; por eso la *Arqueología*, le sirve también de ayuda á la verdad histórica, pues dicha ciencia comprende la arquitectura, la pintura y la escultura; además la epigrafía, ciencia que estudia las inscripciones; la numismática, que se ocupa de las monedas y medallas; la paleografía, de la escritura, y la diplomacia, de los papeles ó documentos que se redactaron para legalizar cualquier acto de la vida pública ó privada.

También la estadística, reduciendo á números los esfuerzos de los pueblos y teniendo más presente la cantidad que la calidad, determina un conocimiento de las bases ya artísticas ya científicas de un pueblo. Así hablando de la instrucción pública de un país, cualquiera dirá, tantas escuelas, tantas universidades, tantos centros literarios, etc. etc., y

los compara con los esfuerzos de otras naciones, ó los estudia aisladamente.

He aquí á grandes rasgos explicado lo que se llaman ciencias auxiliares de la Historia.

LECCION VIII.

Fuentes históricas.—Monumentos.—Tradiciones y narraciones.—Condiciones que han de reunir estas fuentes de conocimiento con relación á la crítica.

Alguien ha dicho que las fuentes históricas no son otra cosa que las diversas pruebas de la existencia de los acontecimientos, ó bien *las distintas formas en que los hechos se consignan*.

Las fuentes históricas, pues, según su manera de ser particular varían, porque de muy diversa manera el pensamiento humano nos da á conocer la existencia de los hechos pasados. La primera división que de ellos hacemos es en directas é indirectas, agregando algunos historiadores, las de general y especial y las de mediata é inmediata. Pero las que á nosotros nos interesa conocer aquí son las generales que se subdividen en tres manifestaciones: monumentos ó forma monumental, tradiciones ó forma oral y narraciones ó forma escrita.

Las tradiciones constituyen en el orden cronológico la primera fuente histórica, porque la historia de los primeros tiempos de todos los pueblos, no se consigna por escritos ni por medio de monumentos, sino en el relato que de aquellos hechos pasa de una á otra generación. Esta fuente histórica es el medio importante que tenemos para conocer los hechos realizados por la humanidad en los primeros tiempos de su historia, en los cuales son desconocidas la escritura y las artes.

En épocas posteriores aparecen los monumentos, los cuales aunque son de varias clases, como luego veremos, tienen de común el dejar consignados, por medios exteriores y sensibles, los hechos de que dan testimonio y de cuya existencia certifican.

Aparecen después las narraciones que, en el orden del desarrollo de las fuentes históricas, son las últimas y comprenden las narraciones escritas, ó sean las historias propiamente dichas (1).

(1) Ensayo de un programa razonado por el Dr. Fernández de Castro.—

Mas como para llegar al perfecto conocimiento de los hechos no basta estudiar simplemente las fuentes históricas, sino que se hace necesario además, examinar y juzgar esas formas para obtener la verdad, de aquí el que satisfacemos esta necesidad con la crítica, cuyos fines, con relación á las fuentes históricas, son tres: *autenticidad, sentido claro y verdad.*

La palabra tradicion, dice el Dr. D. Rafael Fernández de Castro, mi querido maestro, puede tomarse en tres sentidos distintos: en el teológico, en el jurídico y en el histórico. En el primero expresa aquellas doctrinas de fe, que, sin estar consignadas en los libros religiosos, pasan como ciertas para los creyentes, porque revisten carácter de revelación milagrosa; en el segundo indica el acto de dar ó entregar alguna cosa; y en el tercero (á que aquí nos referimos) significa el conjunto de *rumores, narraciones verbales de familia, himnos y poesías de los primeros tiempos*, fundado todo en creencias vagas, sin más carácter de autenticidad que el que da el prestigio de lo antiguo.

Las tradiciones cuyo origen se encuentra en las primeras edades de los pueblos, es decir, en su infancia, refiriéndonos á su valor, los menos parecen tenerlo en absoluto; porque las que no son del todo falsas, llegan tan alteradas por la ignorancia, la superstición ó la vanidad, al tiempo en que se fijan por la escritura, que merecen muy poca fe, ya por desconocerse completamente el testigo de vista, ó de oídas que deponga del hecho, ya por lo inverosímil, y á veces absurdo de lo testimoniado, mas como quiera que sea, si las tradiciones son falsas en cuanto á los pormenores, no lo son en el espíritu, por el que se viene en conocimiento de las creencias y costumbres de los antiguos tiempos (1).

Es un hecho fuera de toda duda, que el hombre ha tratado siempre desde los primeros tiempos de su vida, de sobrevivirse á sí mismo, de levantar algo que le diese vida en la posteridad; y este constante deseo es lo que crea esa fuente de conocimiento denominada forma monumental. Tales son, pues, los monumentos obeliscos, pirámides, túmulos, arcos, puentes, etc., trabajados en piedra ó en bronce, con inscripción ó sin ella. Es una fuente histórica muy importante para el completo estudio de la Humanidad antigua. Para el ignorante la presentación de un monumento cualquiera, nada le significa: para él es un hacinamiento de piedras que permanecen unidas; en cambio para el hombre instruido es un verdadero tesoro, sobre todo, si llega á hacerse sabedor de las inscripciones que contenga, pues casi siempre es la narración sucinta en que consta por qué se levantó, su fecha y la persona ó personas á quien fué dedicado.

Pero para que el monumento tenga carácter y pueda servir por tanto al estudio del hecho histórico, se hace necesario, primero que sea auténtico, y lo es cuando resulta pertenecer á la época que el mismo dice, segundo ha de tener sentido claro, es decir que sus inscripciones sean legibles y no ofrezca duda alguna, y por último debe ser verdadero, y lo será siempre que lo que afirme esté en consonancia con lo que depongan el testimonio de sus coetáneos; bien pertenezcan al orden numismático, ó al epigráfico ó histórico.

(1) Sales y Ferrer. Madrid 1878, H. U.

Bajo este punto de vista, demás está consignar que los museos de antigüedades son preciosos veneros de donde el historiador puede obtener ciertísimas ideas sobre la cultura y desarrollo, no solo del pensamiento sinó de las artes, hasta en su más simple expresión cuales son los trabajos mecánicos y manuales. En esos panteones de las actividades humanas que llamamos Museos, puede el erudito conocer admirablemente las sociedades y civilizaciones perdidas en las noches de los tiempos.

Réstanos pues, hablar de otra fuente histórica, tan necesaria é importante, como las que hemos mencionado; nos referimos á las narraciones escritas en las que está consignado el hecho por lo ménos con relación á los elementos que le forman, es decir, teniendo en cuenta lo *sucedido*, el *lugar* y el *tiempo*.

Las narraciones suelen dividirse, en históricas propiamente dichas, generales, nacionales y locales, que añaden á los elementos que antes hemos mencionado, los pormenores y circunstancias del hecho y los juicios que acerca de sus causas y resultados se hagan; y en narraciones simples, tales como los actos oficiales de los gobiernos, las sesiones parlamentarias, los diarios privados y hoy día los políticos, los apuntes y las notas biográficas, la correspondencia epistolar, literaria ó diplomática, las memorias, y según algunos, los anales y las crónicas. (3) Es pues sin duda, la fuente de conocimiento mas abundante que tiene á su disposición el historiador. Antes del descubrimiento de la imprenta, la tarea del hombre estudioso, se hacia bastante difícil por carecer en la mayor parte de los casos, de documentos necesarios para el exámen de los hechos históricos, más hoy; desde que según la frase gráfica, de un ilustre escritor y poeta á quien me unen lazos de cariño, "las prensas á millares, difunde y desparrama, fatigando los ecos de la fama á través de los montes y los mares," (4) los conocimientos de que antes carecíamos, se multiplican de una manera tan prodigiosa que se hace imposible, el establecer comparación alguna, ni siquiera pueden ser leídos los luminosos trabajos que sobre cualquier punto se han escrito y mucho ménos formar propio juicio, de los acontecimientos y de sus causas y consecuencias á que han dado origen. Pero no hay otro camino; á pesar de lo ímprobo y difícil de la tarea, no se nos sugiere otro medio para estudiar la Historia, es necesario que bebamos en las puras y genuinas fuentes históricas.

(3) Resúmen de H. U. Castro. Madrid 1878.

(4) Sanchez Fuentes. Oda á Cervantes. Habana 1886.

LECCION IX.

Definición de la historia.—Su clasificación dentro del organismo científico.—Base de la misma.—Sugeto, objeto y forma.—Por el sugeto.—(Universal, general, particular, genealógica, biográfica y monográfica).—Por el objeto: (Historia de la Ciencia y del arte.)—Por la forma: teniendo en cuenta como se realizan los hechos (historia de la religión, de la moral, del derecho, de la estética.)—Por la manera como se exponen (narrativa, pragmática, filosófica y crítica) y por las distintas agrupaciones que de la misma se hacen (crónicas, décadas, anales, efemérides y memorias).

Sobre estos conceptos históricos, como sobre la manera con que los acontecimientos se han realizado, nada nuevo se puede decir, y mucho menos inventar; todo se reduce á cambios en la forma, con que se engalanan y presentan; de suerte que nuestra misión está ya te antemano trazada. Sin embargo, rodeándonos de todos los buenos deseos, y de estudios necesarios adoptamos un método de eclecticismo para el desarrollo de las lecciones que constituyen estos, apuntes y á fé que nos parece el mejor, pues luego con los juicios propios que vierta el autor sobre lo escrito resulta algo práctico no solo para el estudiante sino para el hombre de ciencia encanecido en el estudio.

Así en este instante le damos la palabra al Sr. Fernandez de Castro, que tan bien se explica sobre el punto de la presente lección. (1)

“Vistos los medios de que podemos valernos para adquirir el conocimiento verdadero y cierto de los acontecimientos, importa definir esta ciencia y clasificarla á fin de saber cual es su particular organismo. Puede definirse la Historia en general, diciendo que es la ciencia que estudia lo contingente, lo temporal, lo mudable, los hechos, porque en su fondo es un conjunto de lo que pasa, cambia y sucede; y en su forma, narración y estudio de lo pasado, cambiado y sucedido.—Siendo el hecho el contenido de la Historia, la clasificación de esta ciencia ha de fundarse, para que sea real y positiva en los elementos esenciales de todo acontecimiento. Estos elementos que constituyen los princi-

(1) Ensayo de un programa de historia.—Habana.

pios fundamentales de la clasificación, son tres: 1º El sugeto que realiza el hecho: 2º El objeto realizado ú objeto hecho: y 3º La forma ya de verificarse, ya de exponerse, ya de agruparse las cosas sucedidas. Por razón del sugeto que realiza los acontecimientos, se divide la Historia en Universal, General, Particular, Genealógica, Biográfica y Monográfica. Universal: es la historia cuando estudia los hechos realizados por toda la humanidad en todos los tiempos y lugares. General: es llamada la historia cuando estudia los sucesos realizados por la parte más importante de la humanidad, en cuyo caso el sugeto que hace, no es el conjunto de hombres y pueblos que han existido y existen sobre la tierra, sino la parte principal y conocida de esos actores.—Particular: es la historia cuando el sugeto que realiza los hechos, es una familia que en aquella se estudia.—Biográfica: es la historia cuando el sugeto cuyos actos se estudian, es un individuo particular.—Monografía: es la historia de un suceso cualquiera.—Por razón de la cosa realizada ú objeto hecho se clasifica la Historia en atención al fin de la actividad. Este, según veremos después, es el bien, y se cumple en los dos fines reales principales de la Ciencia y del Arte, ó sea, el pensar y el hacer la idea y la vida.—Así se divide la Historia, en cuanto al objeto, en historia de la *ciencia* é historia del *arte*, subdividiéndose la primera en tantas partes cuantas son las ramas del organismo científico (historia de la Analítica, de la Sintética, de la Teología, de la Cosmología, de la Teodicea, de la Filosofía, de la Historia, y de la Filosofía de la Historia; y la segunda en tantas partes cuantas son las ramas del organismo artístico (historia del arte bello, del arte útil, y del arte bello-útil ó compuesto.) Por razón de la forma hay que distinguir, según queda expuesto, la manera de realizarse los acontecimientos, la manera de exponerlos y la forma de agruparlos. En cuanto á la manera de realizarse los acontecimientos, clasifícase la Historia con arreglo á la forma única de nuestra facultad de hacer, la libertad humana la cual en su aspiración al bien se manifiesta en tantos actos cuantas son las formas del bien considerado como fin racional de la actividad humana: y siendo estas formas la religiosa, la moral, la jurídica y la estética por razón de la forma de realizarse los acontecimientos, se divide en historia de la Religión, de la moral, del Derecho y de la Estética; subdividiéndose: la primera en historia de los dogmas y de los cultos, la segunda en historia de los sistemas de conducta y de los usos y costumbres; la tercera en historia de los sistemas jurídicos y de las constituciones ó códigos y la cuarta en historia de los ideales estéticos y de los gustos y modas. Por la manera de exponer los hechos divídese la historia en Narrativa, Pragmática, Filosófica y Crítica. Narrativa es la historia que expone meramente las hechos sin enlazarlos en sistema por sus causas y consecuencias.

Pragmática es la historia que expone los acontecimientos no enlazados sistemáticamente, averiguando sus causas y explicando sus consecuencias, sino haciendo consideraciones sobre ellas y razonando, además, sobre las instituciones, examinando su carácter, su razón de ser, su utilidad, su duración, su reforma. Crítica es la historia que expone los hechos examinando cada acontecimiento con relación á su verdad mediante el estudio de sus orígenes ó fuentes históricas.—En cuanto á la manera de agrupar los acontecimientos clasifícase la his-

toria en Crónicas, Décadas, Anales, Efemérides y Memorias.—Crónica es la relación contemporánea y circunstanciada de un reinado ó de otros hechos cualesquiera, expuestos sin orden interior y agrupados por orden estrictamente cronológico. Décadas son las narraciones de sucesos acaecidos en el espacio de diez años y agrupados igualmente en el orden cronológico.—Anales son las narraciones de hechos verificados en el transcurso de un año y agrupados por el historiador en el mismo orden.—Efemérides ó Diarios con los apuntes ó publicaciones en que se agrupan los sucesos por días.—Memoria es la narración de ciertos hechos agrupados y reunidos con objeto de que sirvan más tarde para escribir é ilustrar algún punto histórico importante.” La clasificación de la Historia puede apreciarse completamente en los siguientes cuadros que constituyen el organismo particular de esta ciencia.

Principios de clasificación de la Historia.

Hecho humano.	Sujeto: el Hombre.
	Objeto: el Bien.
	Forma de realizarse el hecho: Libertad.
	” ” exponerse ” ” Narrativa y sus variantes.

Clasificación de la Historia por el Sujeto.

Humanidad.	Nación.	Municipio.	Familia.	Individuo.	Hecho aislado.
HISTORIA UNIVERSAL ó GENERAL, según que trate de todos los hechos ó solo de los más importantes.	HISTORIA PARTICULAR, de España, Francia, etc.	HISTORIA MUNICIPAL de Madrid, Habana, etc.	GENEALÓGICA.	BIOGRÁFICA.	MONOGRÁFICA.

Clasificación de la Historia por el objeto.

Historia del hecho humano con relación al bien.....	De la Ciencia.	De la Analítica.
		De la Sintética.
		De la Teología.
		De la Cosmología.
		De la Teodicea.
		De la Filosofía.
		De la Historia.
		De la filosofía de la Historia.
	Del Arte....	Del arte Bello.
		Del arte útil.
		Del arte bello-util.

Clasificación de la Historia por la forma de realizarse los hechos.

Historia de la libertad humana que se divide en:	Historia de la Religión...	{ De los dogmas. De los cultos.
	Historia de la Moral.....	{ De los sistemas, ó máximas de conducta. De los usos y costumbres.
	Historia del Derecho...	{ De los sistemas jurídicos. De las constituciones y códigos.
	Historia de la Estética...	{ De los ideales estéticos. De los gustos y modas.

Clasificación de la Historia por la forma de exponer los hechos.

Según la intervención del Historiador puede ser.....	{ Narrativa. Pragmática. Filosófica. Crítica.
Por el orden del tiempo y por la porción que abraza se llama	{ Crónicas. Décadas. Anales. Efemérides, ó diarios. Memorias.

Hé aquí de una manera comprensiva explicado el organismo científico de la historia, y las clasificaciones y divisiones que de la misma se han hecho, dando fin con ésto al trabajo que nos habíamos impuesto.

LECCION XXVII

Bosquejo de la Edad Media.---Juicio crítico que nos merece.

El conocido escritor y hombre político D. Francisco de Pí y Margall, en sus *Estudios sobre la Edad Media*, (1) dá amplísima contestación á la primera parte de nuestra pregunta.

“Bajo la denominación de Edad Media, dice, viene comprendiéndose uno de los más oscuros periodos que abraza la historia de la civilización de Europa. Empieza en el siglo III y acaba en el XV.

En ese largo intervalo hase visto el planteamiento de la Silla Pontificia en Roma, la traslación del trono de los Césares á Constantinopla; la invasión de los Germanos, la organización y el dominio del Feudalismo, el origen y el desarrollo del poder temporal en el pontificado, la irrupción del Oriente sobre el Occidente, las cruzadas, la creación de las comunidades y las cartas fueros, la lucha entre los pontífices y los emperadores, la exclaustración de la ciencia, la abolición de la servidumbre, las invasiones sucesivas de la clase media y el origen del proletariado, el triunfo definitivo de la monarquía sobre la aristocracia, de Jesucristo sobre el Profeta, la constitución de las nacionalidades europeas, y la invención de la imprenta. Ofrece en toda esta larga série de sucesos tres divisiones capitales, la formación del Imperio de Carlo-Magno, la de las repúblicas de Italia y la concentración de todos los poderes públicos en la corona de los reyes, la creación de los Estados Romanos, la preponderancia absoluta del pontificado y su rápida decadencia; el origen de la escolástica, el predominio de la universidad sobre el claustro y la popularización del saber por medio de la prensa; los cantos bárbaros del Norte, las trovas proverbiales y el último poema romántico escrito al otro lado de los Alpes.”

(1) Madrid 1878,

Después de las frases tan admirables que acabamos de transcribir todo lo que añadiésemos resultaría pálido y fuera de ocasión. Rápidamente trazado hemos visto el cuadro de la Edad Media, tal parece que ante nuestra vista se ha presentado un amplio panorama, que nos ha permitido saborear hasta las más mínimas tendencias y hechos de esa Edad tan llena de atractivos.

Respecto al juicio crítico que nos merece esta época importantísima del desenvolvimiento humano, diremos que la "Humanidad es como el hombre. Como él, realiza gradualmente su naturaleza en desarrollos parciales y sucesivos, que denominamos edades, porque como afirma un escritor, comprenden una serie de hechos de carácter análogo, determinados según una ley particular, á semejanza de lo que se observa en las edades de los individuos.

La Humanidad tiene, pues, sus edades como el hombre, siendo una de ellas, esta de la que nos venimos ocupando, y que por hallarse comprendida entre la antigua y la moderna, ha recibido el nombre de Media.

Fijar los límites cronológicos de esta edad, determinar con precisión el hecho y el tiempo que separan los siglos modernos, es como dice el erudito historiador Fernando de Castro, cosa tan difícil é imposible, como el señalar el momento en que los hombres pasan de la niñez á la juventud y de esta á la virilidad, como el indicar, añadimos nosotros, el instante preciso en que el día cede su imperio á la noche ó aquel en el que dejando de existir, pasamos de seres inteligentes y activos á masa inerte, sin pensamiento, sin juicio, sin voluntad. Esto no obstante, la mayoría de los historiadores, consideran esta edad, que es como la adolescencia del género humano, comprendida entre la ruina de dos imperios que se desplomaron, al rudo empuje de los bárbaros el uno, al fiero acometer de los turcos el otro, entre la destrucción del Imperio romano de Occidente en el siglo V y la destrucción del de Oriente ó Bajo Imperio en 1453. Mas este último hecho carece de la importancia del primero para servir de límite á una edad, por lo que escritores modernos le han desechado, designando en su lugar, ya el Renacimiento y la Imprenta, ya el descubrimiento del Nuevo Mundo y la Reforma de Lutero.

No nos detendremos á examinar cada uno de estos acontecimientos, pues estaría fuera de nuestro propósito; solo diremos que el último, ó sea la Reforma Luterana, año de 1517, es el aceptado por escritores de nota para cerrar este período brillante y dilatado de la historia, ya por ser de trascendencia suma y de influencia universal, ya y más principalmente, porque quedando cerrada toda edad histórica cada vez que se quebranta la unidad que la humanidad ha realizado, y que es su aspiración constante, la reforma Luterana vino á producir ese efecto, pues rompió la unidad católica, que fué la realizada durante la Edad Media, en Occidente, así como el cisma de Focio había producido idéntico resultado en el Oriente.

Caracterízase principalmente la Edad Media, por el excesivo predominio de la fantasía. El hombre, despreciando á la Naturaleza en sus múltiples manifestaciones, vive en un mundo más ideal que real, y así nos explicamos floreciera en ella, todo lo más bello que hoy seduce nuestra imaginación con su recuerdo. Unase á esto la idea reli-

giosa dominando todos los espíritus, apoderándose de todas las conciencias, de tal modo que la Iglesia es en esa época la inspiradora de los grandes hechos; lo heterogéneo de los elementos que concurrieron á su composición, y lo revuelto y confuso de los acontecimientos que en ella se realizan, y se tendrá una idea aproximada de lo que fué la Edad Media y la importancia que tiene para todo el que, lejos de despreciar el pasado y considerarle inútil, la mira como el antecedente necesario de la moderna, como el lazo de unión entre la Antigua civilización y el Renacimiento moderno.

Edad de transición, fecunda en grandes hechos importantísimos para la historia de la humanidad, es la llamada Media, edad no bien conocida y diversamente apreciada por escritores notables, pues mientras unos la consideran como un caos inextricable, donde hervían los elementos de un mundo ya arruinado con otros nuevos traídos por actores hasta entonces desconocidos en el drama complicado de la vida humana, como una oscura noche de diez siglos, durante la cual apenas si se percibe otra cosa que el chocar de las armas y el gritar de los combatientes en los campos de batalla, resultado de las borrascosas luchas entre el municipio y la abadía, entre el rey y el señor, entre el señor y el siervo del terruño, otros la miran como un período de transición en el que la humanidad sufre laboriosa crisis, pero de la que sale al fin triunfante, después de haber doblado la creación con el descubrimiento de la América, ensanchado los horizontes de la ciencia, dibujado los contornos de las modernas nacionalidades, realizado la unidad católica en su suprema manifestación, el Pontificado, y dado al hombre tres palancas poderosas con las que derribar todo lo antiguo y marchar con paso acelerado á la conquista de sus libertades; la imprenta, que guardó como reliquia sagrada el pensamiento; la pólvora, que hizo saltar en innisibles fragmentos los castillos feudales; y la brújula, guía del navegante aún en medio de recia tempestad, por entre las encrespadas olas del Océano.

Para juzgar la Edad Media; no puede perderse de vista el espacio de tiempo que comprende, en el que se realizan los acontecimientos que la constituyen. Era aquella una época de creencia y de grande unidad, dice Cantú, que no puede comprender el que no contemple á la sociedad identificada en cierto modo con el pueblo y la Iglesia; y á esta opuesta en un principio á los gobiernos bárbaros y luego en armonía con la sociedad feudal, modificándola y dirigiéndola, esparciendo su aliento vivificador en aquel informe caos, elevando el instinto grosero de un conjunto desordenado de individuos á la sublime personalidad de una asociación racional. Cambiaron los tiempos; lo que entonces era conveniente é iniciador, pudo llegar á ser todo lo contrario; pero al combatirlo, se echó en olvido el hacer la debida distinción de las épocas y de los hombres.

Por esto, en vez de pensar con Voltaire que no se debe conocer la historia de aquellos tiempos sino para despreciarla, ó con Helvecio y Raynal que no es digna la Edad Media, la cual califican de tinieblas sin nombre y estéril barbarie, de que se eche una ojeada sobre ella, creemos que dicha edad, fué una *época orgánica*, en que la poesía era religión y en que guiaba á todos los pueblos un solo pensamiento.

Y si bajo otro orden de ideas contemplamos esa edad tan despre-

ciada por algunos, se comprenderá más aún la injusticia con que se califica de tosea una edad en que se construyeron Westminster y Nuestra Señora de París, los alcázares de Córdoba y Toledo, las maravillas de Granada, las catedrales de Milán, Reims y Colonia; en que se inventaron los relojes, los molinos de viento, el papel de trapo, la pintura al óleo y los hospicios para los ancianos y los niños, en que un fraile anunció los antípodas y otro los globos aerostáticos y el vapor; en que se desvincularon las propiedades y con su fraccionamiento se preparó la era de la igualdad y la justicia, en que se multiplicaron los signos del valor con las letras de cambio, se resolvieron los problemas más difíciles de la mecánica y se dió á la química el alumbre, la sal amoníaco, el agua fuerte y los más de los álcalis, al lujo la seda, á la observación los lentes, á la navegación la brújula y la seguridad á todos los progresos con la invencible de la pólvora y la imprenta."

Despues de éstas consideraciones acerca de la Edad Media, en sus más amplias manifestaciones, las ciencias y las letras, no podemos ménos de consignar que ella fué grande en su manera de desenvolverse y digna de aplausos en todos conceptos, pero ésto como dice el historiador Cantú, (1) no significa que queramos la resurrección de aquellas instituciones, sino que por el contrario no debemos amar aquello que efímeramente ha de vivir, si bien de aquella edad, tenemos mucho que aprender, por más que nada tengamos que desear.

(1) Historia Universal.

LECCION XXIX.

Elementos de la civilización moderna.—El cristianismo.—Los pueblos bárbaros y la influencia y cultura de Roma.

El desenvolvimiento de los pueblos y naciones débese indudablemente á tres distintos acontecimientos, que sin embargo de su variada índole se han unido históricamente, dando lugar al todo armónico que conocemos con el nombre de civilización. Estos hechos son la organización política de Roma; la predicación del Cristianismo y la violenta irrupción de los pueblos bárbaros.

Roma, la inteligencia de la antigüedad, dándole alas al pensamiento de sus jueces, y eternizando con Justiniano las nociones fundamentales de un Derecho, que hoy á la luz del Siglo XIX encontramos admirable; el Cristianismo, derrocando las supersticiones del mundo pagano, y sembrando por doquiera las bases de la piedad evangélica sintetizadas en la hermosísima frase: todos los hombres son iguales, y por último los pueblos jóvenes é indomables que desde el Norte nos invadieron, trayendo un gran acopio de nuevas ideas, desconocidas hasta entonces en las naciones aquellas; formaron los cimientos poderosos sobre los cuales se ha levantado la progresiva sociedad de nuestros contemporáneos. Estos elementos han sido los móviles que indujeron á la humanidad á seguir su camino, y es innegable que cada uno de ellos ha contribuido grandemente á formar el concepto de humanidad desconocido por completo en los tiempos originarios.

La predicación de la *buena nueva*, que así se llama al Cristianismo es el mas trascendental de los acontecimientos acaecidos en el tiempo y en el espacio.—Al reinado de Augusto, le cupo la gloria de presenciar el nacimiento de Jesucristo, de esa simpática figura, llena de bondad y de inteligencia infinita.

El cristianismo, al considerarlo bajo el punto de vista del des-

arrollo progresivo de la humanidad, lejos de serle hostil, dice Don Nicolás Salmerón y Alfonso, venía á ser la religión cristiana la ley de vida para lo porvenir como para lo pasado. Durante largo tiempo se ha apellidado cristiana nuestra civilización y se ha atribuido, por consecuencia al cristianismo todo lo que hay de grande y de bello en la humanidad moderna.

Al ver transformarse la esclavitud y desaparecer después en los pueblos cristianos, se concluyó que su abolición á él era debida; creyóse que el derecho de gentes también había nacido con la nueva doctrina, porque gracias á él, las relaciones internacionales se dulcificaron, entrando ahora el derecho en sitios en que siempre dominó la fuerza. La proclamación de la igualdad y de la libertad se dijo que eran los dogmas del Evangelio; y en efecto no ha habido error: mucho, muchísimo se debe al cristianismo; sin él casi hubiera sido imposible que ciertos elementos de barbarie, muy generales en aquellos tiempos se hubieran dominado y contenido; pero también debemos consignar, que la predicación del Evangelio hubiera sido sinó impotente, por lo menos ineficaz, si Roma preparando el terreno con sus conquistas, y los pueblos bárbaros aspirando con avidéz las bienhechoras auras de fraternidad, que el cristianismo esparció en las sociedades primitivas no hubieran abierto un nuevo horizonte.

Respecto á la influencia de los pueblos bárbaros en la obra de la civilización, baste consignar que ellos fueron los verdaderos promovedores del movimiento social de aquella época que tan beneficioso nos ha sido.—Las invasiones de los bárbaros han destruido el antiguo mundo y sustituido á la primera sociedad otra nueva tan enteramente distinta de aquella, cuanto lo permite la marcha tradicional y lentamente progresiva de las revoluciones humanas.

Los sentimientos que los bárbaros sentaron en la Europa fueron las palancas poderosas que hicieron remover al mundo: con ellas la vida adquiere lozanía, nueva savia corre por el árbol de la humanidad y á su grande influjo los pueblos se despiertan, dándose cuenta de su misión y la tratan de cumplir aun en medio de una edad tan varia en acontecimientos como la edad media.—Las invasiones de los bárbaros, sobre el Imperio Romano, si bien es cierto que extinguieron momentáneamente las luces, las letras y las bellas artes en aquel suelo, también es cierto que tuvieron por último resultado la civilización de los mismos bárbaros, ya regenerados; es decir desposeídos de sus sentimientos de independencia y de cierta fiereza de acción que tan bien supo aprovechar en su favor la humanidad antigua.

Si estudiamos á Roma en su constitución política, en su esfera de acción, digámoslo así la encontraremos como dotada de algo providencial.—Vemos que no es en la paz en donde la orgullosa Roma, ha de realizar su misión de la unidad humana. Las conquistas de Roma como las de Alejandro, no cabe duda, que han preparado el camino á un conquistador pacífico á Jesucristo, el cual es la confirmación providencial de la política del Senado. ¿Por qué Roma acierta allí donde precisamente las armas de los Griegos y los Persas son destrozadas? Porque como ya lo dijo antes Virgilio y lo confirma en cada una de sus páginas la historia, la misión del pueblo romano se efectuaba conquistando y gobernando al mundo. Y tanto es así, que los roma-

nos comenzaron á desarrollar sus conquistas precisamente en el histórico momento en que la nacionalidad helénica habíase desarrollado grandemente; en que no le faltaba otra cosa que esparcir sus frutos por el orbe, frutos que ya se habian producido.

Entonces repito fué cuando Roma inició sus guerras, y no antes; porque eso hubiera sido una barrera intraspasable que Grecia le oponía: sin ella la ley de conquista no se hubiera realizado, y las legiones romanas hubieran solo servido de alarde de fuerzas en los esquilados campos de batalla.

Mas estaba escrito que la obra se habria de llevar á cabo y así sucedió. Ya por doquiera las águilas itálicas tienden su raudo vuelo: Nacida á las márgenes del melancólico Tiber, lucha primero con los griegos y el Oriente, mas tarde el Rhin y el Nilo repiten sus victorias y por último, desde el Eufrates hasta el mar Cántabro, las ideas romanas impregnan el ambiente palpitando en todos los corazones el ideal de la unidad humana.

A Roma pues, le cupo conquistar, pero no como otros pueblos para extender su dominación. No, Roma se ensanchó por la tierra porque era una necesidad fatal que sobre ella pesaba, estaba obligada á darles á los pueblos del orbe, la libertad de que ella gozaba, su lengua, su educación, su derecho, en fin, de todos aquellos elementos dispersos hacer el germen de esa humanidad armónicamente constituida que hoy aplaudimos.
